

El Farero de Sheringham

Óscar Montero de Blas

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Pura Azorin Zafrilla, presidenta; Concha López Díaz, Lourdes Ortega Puche, Martín Martí Hernández y José Manuel Vidal Ortuño, secretario.

© Óscar Montero de Blas .

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Diseño colección: Victoria Carpena.

Imprime: Yecla-Grafic, s. l.

I.S.B.N: 84-922411-4-4.

Dep.Legal: MU 36-1999

A Mamem

Es tiempo de que el hombre fije su propia meta. Es tiempo de que el hombre plante la semilla de su más alta esperanza.

Todavía es bastante fértil su terreno para ello. Mas algún día ese terreno será pobre y manso, y de él no podrá ya brotar ningún árbol elevado.

F. Nietzsche
Así habló Zaratustra

I. La noche llegó casi sin avisar

La noche llegó casi sin avisar. La espesa niebla que durante todo el día había envuelto el saliente de Haverfordwest y su comarca, se fue oscureciendo; la escasa luz, preñada de humedad y sombras, desapareció para dar paso a una noche más fría. Una continua llovizna hacía más desapacible la neblina.

El faro ponía un punto de luz difusa en medio de tanta soledad, de tanto aislamiento. Un punto de luz que luchaba contra los espesos algodones blancos que se movían a merced de las brisas. Guy había estado acarreando maderas desde el almacén, un sencillo cobertizo de madera y techo de paja y ramas, en el que vivía, y que se encontraba a escasas cien yardas del faro. Éste era una estructura de vigas y tablones de madera, de unas doce yardas de alto, con una escalera de mano y una cuerda que colgaba de una polea oxidada. Con esta cuerda se ayudaba Guy en la dura tarea de izar el combustible para alimentar el fuego. En lo alto del faro se hallaba situada una plataforma de madera de unas tres yardas de ancho por cuatro de largo. En el centro de la misma una plancha metálica cuadrada, con los bordes ligeramente plegados hacia arriba. Dentro de la plancha metálica ardía el fuego que ayudaba a los navegantes en los días como aquel, a principios de diciembre de 1545, a orientarse en medio de la bruma y a alejarse de las rocas que ya habían partido en pedazos algún que otro viejo galeón. Un tejado de madera y pajas, con unas aberturas laterales para que escapase el humo y a la vez se protegiese el fuego de las frecuentes lluvias, era el remate final de la obra.

Los buques que procedían de los afamados astilleros de

Liverpool, O bien los que iban a comerciar a Bristol, debían acercarse a las costas de Gales rodeando la península de Haverfordwest. Pembokshire había sido un lugar trágico en desastres marinos por la abundancia de temporales y por las rocas traicioneras que deshacían las embarcaciones más resistentes. El cabo de Sheringham era el punto negro por excelencia. Allí se asentaba un pequeño poblado, apenas veinte casas, de rudos pescadores que sobrevivían a un clima hostil, con continuas tormentas y temporales que hacían de su modo de vida una aventura peligrosa.

El propio monarca Henry VIII había sugerido al Duque de Davon, a la sazón señor de aquellas tierras, la construcción de un faro, para proteger a la navegación. El Duque encargó la construcción sin más entusiasmo, pero cuando vio que su uso no revertía ningún beneficio en las arcas de su castillo, dejó de preocuparse por pagar el sueldo del farero. Entonces el propio monarca, muy preocupado por la seguridad de sus costas, se hizo cargo del mismo.

Guy trabajaba sin descanso los días como aquél. Se descolgaba por la escalera, haciendo temblar el débil armazón de madera, cuerdas y clavos, pisaba tierra firme y caminaba hasta el almacén. Allí liaba un fardo con una vieja tela de saco, metiendo dentro unos cuantos trozos de leña. Lo arrastraba hasta la base de la plataforma, donde lo anudaba a la cuerda y subía hasta arriba para tirar de ella mientras la polea, oxidada y deformada, emitía un lastimero chillido que se perdía en la niebla. Cuando terminaba de izar la leña, deshacía el fardo y alimentaba el fuego. La plataforma en la que estaba instalado solamente tenía una pared de madera, por la cara opuesta a las rocas, que se hundía en el mar. El resto eran únicamente simples vigas de madera por donde salía la luz del fuego, pero por donde entraban también el frío y la niebla.

Guy se detuvo a secarse el sudor. Era más rápido, sólo un poco, subiendo leña, que el fuego devorándola. Esto le permitía ligeros

descansos. Se sentó entre la pared y el fuego, que chisporroteaba, protestando por la presencia de la incómoda lluvia. Diminutas gotas se colaban, empujadas por el viento, por entre las vigas de madera, elevando puntos de colores rojizos, que se perdían cerca del rústico techado. Guy escupió a un lado. Tomó una botella de vino, arrancó el corcho de un mordisco salvaje, y bebió un buen trago, agarrándola firmemente por el gollete. Y otro mas. Se seco la boca con el dorso de la mano. Luego cerró la botella y la estrelló contra el fuego. Al romperse, una breve e intensa llamarada dibujó el alma atormentada del vino huyendo del fuego purificador. Se oía con claridad el mar rompiendo monótonamente contra las rocas. Guy estaba cansado. Llevaba toda la noche y parte de la tarde trabajando. Y todavía le quedaba mucho hasta el amanecer. Quizá ningún barco se presentase en aquellas costas, pero no importaba: él debía mantener encendida su hoguera elevada, por si acaso. Cogió un morral de cuero remendado y sacó un trozo de pan ya endurecido. Lo mordió con hambre y con fuerza mientras se secaba el sudor del trabajo y del fuego. Recordaba fragmentos de su vida, del azaroso camino que lo había arrojado a una existencia de soledad y penalidades. De su padre apenas recordaba su corpulencia y sus modales toscos. Murió cuando él ya había empezado a ayudarlo en los trabajos del campo, con tan sólo diez años. Su padre y sus tres hermanos mayores murieron por culpa de la peste, de una epidemia que diezmó la pequeña aldea donde Guy había nacido y donde malvivió aceleradamente su infancia, para pasar a ser un adulto forzado en cuerpo de niño. Luego un saco de manzanas, que no era suyo, con trece años y mucha hambre, ¡tenía tanta hambre!.. Y aquellas húmedas y pestilentes mazmorras. Un año, según le dijo su tío, un comerciante de Cardiff especializado en paños y en ascender a la parásita nobleza, que todavía despreciaba la riqueza generada a través del trabajo, un año había estado sin ver la luz del sol. Amigo de las ratas y de las cucarachas, sus únicas compañeras de celda, había estado a punto de volverse loco de tanto

intentar comprender, de tanto hablar consigo mismo... Más tarde lo hizo con las ratas, sin ser consciente de su caída en la demencia. Su tío lo sacó de allí, convertido en un guiñapo, con los músculos atrofiados, los ojos cerrados, hipersensibles a la luz. Había logrado que le conmutasen la cadena perpetua en la torre del castillo de Pembroke por el trabajo forzado como farero de Sheringham.

Sin poder volver a ver a su madre ni a su hermana menor, se despidió de la cárcel y de su tío benefactor, y caminó durante una semana entera, con las veinte libras que el alguacil de la prisión le había entregado como anticipo de su salario, hasta llegar a Pembokshire. Allí acababa el camino carretero. Luego, un sendero mal señalado, lleno de barro y de rocas desprendidas, discurría paralelo a los abruptos acantilados donde el mar rugía, conteniendo su fuerza, su monstruoso poder, asustando los solitarios y vacilantes pasos de Guy. La aldea donde nació Guy estaba en el interior y el mar era algo nuevo y desconocido para él. Algo inmenso y misterioso que no dejaba de amedrentarlo.

Bajó por la escalera y regresó al almacén, mientras seguía recordando mentalmente su corta vida. Él calculaba, por lo que le dijera el párroco de Pembokshire al llegar y ser censado, que debía tener unos veinte años. En aquellos tiempos no se podía esperar quizás Guy se hallase ya mas cerca del final que del principio. Esa idea le revolvía la cabeza Porque no acababa de o entender cómo podía intuir aquello sin saber bien qué era eso del principio, y mucho menos lo del fin. Sí, la muerte, pero... Volvió a liar un fardo de leña. Un alacrán, agazapado entre las maderas húmedas, salió corriendo, perdiéndose en otro montón de leña. Guy ató las cuerdas y tomó la última botella de aquel aguardiente de hierbas que traía desde Bristol, una vez por semana, un carro conducido por un malnacido y pendenciero escocés. Cuando subió el fardo a la plataforma se miró las manos.

Estaban hinchadas del trabajo de años, de la humedad. Encallecidas del contacto con las cuerdas, con el mango astillado del hacha que cortaba la leña. Eran manos que apenas si habían ido tres años a la escuela. Manos que no sabían escribir, pero que algo adivinaban.

Miró hacia el pueblo, la mancha oscura junto al mar que apenas se distinguía. Eran veinte casas además de la parroquia, en la zona más suave de la costa. Incluso tenían una playa donde los niños jugaban, cuando no trabajaban ayudando a sus mayores. En la noche cerrada, la oscuridad se espesaba en una bruma terca y vaporosa. El último candil, el de la taberna de Tom el Cojo, ya estaba apagado. Así contaba el tiempo Guy. Antes del amanecer, el padre Adam hacía sonar las campanas de la iglesia. Entonces Guy daba un último impulso al fuego y se retiraba, cansado y derrotado, a dormir entre maderas y cuerdas. A veces trastabillaba porque el aguardiente, el mismo que le permitía soportar las largas jornadas de oscuridad y soledad, subiendo madera para quemarla, y volver a subir más, ese aguardiente áspero y duro en la garganta, le hacía rodar por entre nubes fantasmales, cobrándose su tributo.

Esa misma soledad, esa conciencia de existir, de tener un é pasado de dolor, de sufrimiento y de miseria, condicionaban su manera de entender el presente. El futuro era un tiempo demasiado complejo para las gentes de aquella época, y Guy no era la excepción. Su vida se reducía a la aldea con los sufrimientos de su madre, la peste arrancando la vida de los suyos entre gritos y agonías, la prisión oscura y absurda, donde se desorientaba y no sabía si seguía vivo o no; y el presente de fuego y nieblas pegajosas, distancias de aislamiento, tinieblas de fantasmas adheridos a él, a sus manos rudas.

Más de un año trabajando en el faro, tantas noches de soledad, le habían llevado, tras muchas reflexiones con el alma acongojada, como un animal excluido del redil, a pensar que había algo más, que la vida no se podía limitar sólo a eso.

Sentía miedo, rabia. Algo se le escapaba por entre esas manos

toscas, extraviadas del tacto necesario para dar respuestas a las preguntas que sí eran capaces de generar desde sus surcos, desde sus grietas. Se levantó de golpe, pero el aguardiente ya había comenzado a infiltrarse por sus venas, y lo debilitaba. Miraba a través de la espesa niebla. No podía ver ni la base de la plataforma en la que se hallaba. nieblas de dentro y fuera de él se unían para desconcertarlo, para asustarlo en su soledad. Tambaleándose, agarrándose a las vigas de madera, fue recorriendo el estrecho y reducido perímetro de su nuevo encierro. “Más oscuridad, más reclusión”, pensó en voz alta, lanzando una maldición en medio de un diálogo interior mitad irónico, mitad resentido. Se sentó, enfrentándose al mar. Los pies le colgaban hacia la tierra firme y húmeda. Escuchaba nítidamente el bramar de eternidad) ese mudo testigo de sus preguntas, de las mismas de siempre. Inabarcables y profundas, como siempre.

Tres semanas atrás había atracado en el puerto de Pembokshire un navío irlandés que traía averiados varios aparejos y algunos daños en el mástil. Una tormenta había estado a pnto de hacerla naufragar después de cruzar el inmenso Océano. Era uno de los primeros buques que venían del Nuevo Mundo, de las Américas.

Lars, su amigo, el que iba para cura, el que tenía unas manos más finas, más delicadas, y una inteligencia más perspicaz, pero que a pesar de ello era su amigo, el único con el que mantenía algún trato en aquella aldea, le propuso acercarse por allí, para charlar con algún marinero, para escuchar algo de ese Nuevo Mundo todavía tan oscuro, tan desconocido. En un tiempo en el que las noticias corrían escasas, con lentitud, deformadas, en que la curiosidad humana no era satisfecha y se estancaba en ignorancia, frenándose bruscamente en su propio crecimiento, creando superstición y mitos, sucesos como aquel eran motivos sobrados para caminar media jornada por un estrecho y complicado sendero.

Partieron al amanecer. Guy apenas había dormido dos horas,

las brasas daban ya más calor que luz, cuando Lars le llamó desde abajo. Guy se había quedado dormido en el faro, al calor de su esfuerzo y su trabajo. Bajó lentamente por la escalera y se saludaron.

-Nos quedaremos allí a dormir, en casa de mi primo. Mi hijo Jonathan encenderá el faro por ti esta noche. Creo que unas vacaciones no te vendrán mal.

Guy se sintió inmensamente feliz. No tendría que trabajar: por una noche podría olvidarse de liar fardos, arrastrarlos, izarlos, avivar el fuego... Comenzaron a caminar. Guy se detuvo junto a un riachuelo y tomó agua con las dos manos. Era un agua cristalina y helada. La estrelló contra su cara, todavía adormecida y con las marcas del saco de esparto contra el que se había apoyado, en la mejilla izquierda. Sintió una oleada de consciencia, como de nacer de verdad a un día nuevo, a su verdad. Lars miraba las nubes preocupado.

- Está soplando del norte. Tiene mal aspecto.

-¿Lloverá?

-Es posible. Lo peor sería que nevase, pero lo dudo.

No era muy frecuente la nieve por aquellos parajes, pero las gentes de la comarca sabían que cada cinco o seis años las nevadas caían sobre sus tierras bajas como una maldición. Los animales no tenían qué comer, se estropeaban muchas cosechas. El frío era intenso, la nieve era francamente incómoda y difícil de combatir.

Guy sólo la había visto dos veces. Era pequeño y había jugado junto con otros niños a arrojarse bolas, a dibujar con un palo figuras y luego explicárselas entre ellos, en su lenguaje tosco y primitivo, a hacer muñecos... No entendía por qué a los mayores no les despertaba aquella manta blanca y blandita, tierna como una hogaza de pan, sentimientos más alegres. Ahora, con la madurez que daban sus veinte años de penurias, caminando con sueño y con hambre tras Lars, buscando noticias de su propio mundo, entendía por qué los mayores no se alegraban ante la nieve. Ni ante nada. Siempre de mal

hijos; su padre, partiéndose el espinazo para sacar unas pocas verduras y un puñado de legumbres de una huerta poco agradecida. Y ahora él, el pequeño Guy, el siguiente de una estirpe, otra más, de sufridores terrenales anónimos, había dejado la espada de madera que encontró en un camino, escondida entre unos arbustos, y que le sirvió para luchar contra soldados normandos, únicos monstruos que habían habitado en su infancia. También abandonó la carroza, humilde cajón de madera inservible, arrastrado por una soga deshilachada, tan grande y vistosa como la del conde aquel cuya ropa su madre lavaba mientras tanto. Guy ya no era pequeño porque ya no era feliz.

Pero eso no era completamente cierto. En aquel momento sí se sentía feliz. No tendría que sudar entre el almacén y el faro. Se podía olvidar de que existía la maldita torre de madera y frío. Llevaban ya un buen rato de caminata cuando Lars se detuvo y miró hacia el cielo, donde las nubes ocultaban, de cuando en cuando, el sol, y a ratos se veían restos de un cielo que siempre quiso ser azul, muy azul. Se dio la vuelta y sonrió.

- Tendremos buen tiempo. Por lo menos hasta que lleguemos a Pembokshire. Vamos a descansar un rato.

Estaban en el borde del acantilado. Habría unas treinta yardas de altura sobre el mar, espumoso y sonoro. Arriba, donde ellos se encontraban, una pradera verde rodeada de promontorios rocosos, entrelazados, formaba un parapeto natural contra las inclemencias que arrastraba el mar. En aquel lugar buscaron refugio frente a la brisa. Llevaban casi la mitad del camino realizado. Lars sacó de un morral dos trozos de pan tierno, con un olor que resucitó las apetencias más simples de Guy, rescatándole del mundo de sus dudas e inseguridades. Después extrajo dos trozos de queso, seco y rancio. Guy empezó a engullir como una fiera. Lars lo miraba divertido. Guy se dio cuenta y se avergonzó. Miró sus manos, agarrando el pan y el queso como si se los fuesen a quitar. Miró a Lars, que utilizaba un cuchillo para partir el queso.

- No has desayunado, ¿verdad? Anda, come despacio, que te va a sentar mal.

Cuando escuchó las palabras amables de Lars entendió por qué se sentía feliz. Se dio cuenta de la mano que le ofrecía el pan y el queso, aquella ración pensada también para él, y de las palabras amables de Lars. Comprendió que, en realidad, no era tanto por no tener que pasar aquella noche trabajando en el faro, una noche más. Era por el detalle. Alguien, por primera vez en mucho tiempo, salvando el gesto de su tío (quien, además, había actuado como lo hizo, movido más bien por el deseo de eliminar de la prisión del condado cualquier familiar suyo, Guy no lo ignoraba), hacía algo por él. Con el estómago lleno y tras algunos tragos de vino con sabor al pellejo que lo contenía, que también Lars había previsto para él, Guy se sentía muy bien, pero tenía sueño. Se le cerraban los párpados, con la cabeza recostada sobre el musgo de las rocas.

- Es mejor seguir. Al llegar nos alojaremos en la casa de mi primo John. Allí podrás dormir un rato. Vamos a aprovechar ahora que no llueve.

Guy afirmó con la cabeza. Le hubiese gustado descabezar un sueño allí mismo, abrigado entre las rocas, con el sabor del vino y el queso danzando por el paladar. Pero Lars era su amigo, se preocupaba por él y no quería fallarle.

Caminaron más de dos horas, adentrándose en tierra firme, alejándose de la costa. Cruzaron un bosque de nogales y robles que llenó de terror a Guy, con sus sombras y quejidos, aunque se esforzó en disimularlo. Salieron por fin a una llanura donde pacían, tranquilas, cientos de ovejas, puntos blancos de lana y leche reposando sobre la alfombra verde que era su alimento. Desde la pradera se divisaba, recortándose contra el mar, brillante por un sol momentáneo, la ciudad de Pembokshire. Era un alto amurallado, con casas descolgándose fuera de la protección. En la parte más elevada de la atalaya sobresalía la torre del homenaje del castillo. A medida que se

acercaban, se cruzaban con campesinos y comerciantes que salían de la ciudad, gentes cargadas de cestos y sacos, de rostros cansados; con carros arrastrados por perezosos bueyes; hombres a lomos de tristes asnos, seguidos por su mujeres, con el pelo envuelto en pañuelos descoloridos. También surgían vagabundos y mendigos que, sentados a la orilla del camino, se alzaban para cruzar un brazo y unas palabras lastimeras, esperando unas monedas de una generosidad escasa, siendo en muchos casos lo mejor que recibían la indiferencia de los que pasaban.

Un año llevaba Guy aislado en el faro. Tan sólo realizaba breves incursiones a Sheringham, donde era esquivado por la gente. Salvo Lars y el párroco, éste último en menor medida, la gente procuraba evitar todo contacto con él. Todavía recordaba los gritos de Mary, la madre del pequeño Tommy, cuando éste se acercó una tarde de verano al faro. Tommy, con la inocencia y la curiosidad de sus seis años, sentía fascinación por el solitario farero, del que había oído terribles historias que circulaban por el pueblo. Pero Tommy lo había visto bajar al pueblo en alguna de esas contadas ocasiones en las que Guy acudía a proveerse de comida, o a tomarse alguna pinta en la taberna de Tom el Cojo, con Lars, y no le parecía tan siniestro como decían.

Guy lo saludó y lo invitó a subir al faro. Desde allí contemplaron la puesta de sol. Guy habló y habló, de él, de su vida... Sentía que lo necesitaba, aunque no ponderaba el grado de atención o de comprensión del pequeño. Los gritos histéricos de su madre no sólo no cesaron cuando encontró a su hijo perdido, sino que se incrementaron al comprobar que estaba en manos de un criminal, de un monstruo. Estaba aterrada, gritaba al farero, al pobre Guy, que le devolviese a su hijo inmediatamente. A pesar de que el pequeño Tommy le gritó a su madre que estaba bien, que Guy le estaba contando historias... No le dejó terminar. Guy ayudó a bajar a

Tommy, Aún recordaba la mirada hostil de la madre. Hostil y llena de desprecio. Guy se quedó mirando al pequeño Tommy que se alejaba, arrastrado por la mano de su madre. De vez en cuando, volvía la cabeza y miraba a Guy sin comprender.

Llegaron a la puerta de la muralla. Había una garita pequeña, de donde salió un soldado mal armado y con el rostro picado de viruela, que con un gesto brusco les ordenó detenerse. Los miró con cara de desprecio, y viendo que no llevaban nada salvo el escuálido y raído morral de Lars, los dejó pasar con una mirada cargada de repugnancia que rayaba en la ofensa. Mientras subían por los adoquines cubiertos de barro y excrementos de animales, Guy se dio la vuelta varias veces para ver a aquel guardián estúpido y arrogante. Un vez se detuvo para contemplar cómo registraba un carro que pretendía abandonar la ciudad. El pobre hombre del carro, un sencillo vendedor de frutas, tuvo que darle unas monedas para que lo dejase en paz.

-Vamos -Guy sintió la mano de Lars en su hombro.

Continuaron ascendiendo por la empinada callejuela, entre olores y gentes, esquivando gallinas seguidas por niños pecosos o por mujeres gruesas, a soldados arrogantes que empujaban a cualquiera para hacerse notar, dejando paso a carros indiferentes a su presencia. Guy sintió otra vez que no lo querían, que sobraba. Rabia y tristeza. Pero pensaba que aquí Lars tenía que sufrir las mismas afrentas que él, tenía que sentir lo mismo. Sin embargo, parecía más pendiente de las calles, de encontrar la casa de su primo. Parecía ignorar a los que lo ignoraban o lo despreciaban. Así se forjaba la admiración de Guy por el sacerdote frustrado, hoy sencillo pescador. Se desviaron por un callejón, donde un h1erte olor a curtidos se expandía a través del aire húmedo, imponiéndose sobre los demás. En realidad toda aquella ciudad estaba llena de olores, residuos de sus inmundicias y sus desechos, pero también de su vida industrial, de su alimento. Iba Guy pensando precisamente en lo desagradable que le resultaba aquella

amalgama incoherente de fuertes olores cuando Lars comentó:

-La vida en las ciudades es insana. Si vieras cómo se propagan las enfermedades aquí por culpa de las ratas, las chinches...

Un escalofrío recorrió la espalda de Guy. El miedo, acompañado del recuerdo de la peste en la infancia, los alaridos de dolor, terminaron en un picor generalizado. Guy comenzó a rascarse violentamente, como un poseso. Sólo cesó cuando Lars se detuvo frente al portalón de una casa. Era una construcción de piedra, de dos pisos, como las que la circundaban. Guy se dio cuenta de que ya no olía mayoritariamente a cueros. Una agradable fragancia salía de aquel portal, a través de la puerta de madera entreabierta. La cruzaron y atravesaron un corto y oscuro corredor, por el que llegaron a un patio cuadrado, lleno de flores de colores que esparcían su agradable aroma por toda la casa.

Guy, tímido a fuerza de conocer poco el contacto con otros hombres, con otras gentes, se mostró retraído, poco cortes, cuando represento a su primo Jhon, a su mujer, Margarite, y a un hermano de ésta, Malcolm. Guy recordaría algún tiempo después sus sonrisas, sus preguntas amables, encerrándolo en sus complejos, haciéndole esconder sus manos entre sus desgastadas ropas.

Margarite acompañó a Guy a una habitación limpia y acogedora. Éste miró a través del ventanuco, que era de vidrio en lugar de papel encerado, de los pocos que había visto de ese material. Vio la calle, la gente caminando, los cueros secándose colgados en las fachadas. Se tumbó. Cuando el tumulto de tantas cosas nuevas se asentó un poco en su cabeza, se durmió.

Al caer la tarde Lars, John y Guy bajaron al puerto. Era más grande que el de Sheringham. En realidad el de Sheringham era un tosco abrigo para tres simples embarcaciones de pesca. En Pembokshire el puerto era un poco más amplio, con más protecciones artificiales, con más gente en tomo al mar. De vez en cuando atracaban navíos grandes, como el The Irish Sail, de casi cuarenta yardas de eslora y tres

amplios mástiles, algo deteriorados. En el de proa unos hombres reparaban los aparejos dañados. Los tres admiraron la imponente nave mientras bajaban hasta las tabernas del puerto.

Enseguida se reconocía a la tripulación del barco irlandés, hombres hablando a viva voz haciéndose corro a su alrededor, contando historias. Entraron en una taberna donde un círculo de curiosos escuchaba las narraciones de un marinero barbudo, con un acento irlandés satinado de un matiz de arrogancia, casi de desprecio. Utilizaba las manos para gesticular y acompañar sus palabras. Los tres hombres se acercaron sin que nadie desviase su mirada del narrador. El marinero hablaba en aquel momento de unos hombres bajitos y feos, de cara achatada, con ropas y modos salvajes.

Pidieron tres pintas y estuvieron un buen rato escuchando las historias que salían de aquella boca barbuda que escondía dientes oscuros, y de la que se escapaba un aliento fétido que no desentonaba con el resto de la taberna. Su barco había atracado en las Antillas con un cargamento de licores y telas inglesas. Allí habían entrado en contacto con los nativos a través de comerciantes portugueses y españoles. Guy deseaba, mientras escuchaba, enrolarse en un barco, viajar a través del inmenso océano, ver mundos nuevos, conocer otras gentes, otras ciudades. Quizás así sus manos se suavizaran, tendría más seguridad en ellas, en sí mismo. Lars, por el contrario, era un hombre más curtido por la vida, con menos anhelos. Conocía la fantasía de los marinos y sabía que, siendo escuchado y admirado por tanta gente, no podía defraudar a su auditorio, recurriendo a la exageración, llegado el caso. Las cervezas, una buena cena y quizás alguna pelirroja, de esas que no ponen grandes reparos a nada, podían llover en premio a su locuacidad. Nadie iba a probar o a desmentir lo que decía. Lars descifraba, escuchaba entre líneas. Le interesaba aquel mundo nuevo, pero había que destilar el relato.

A la hora de la cena, de nuevo en casa de John, Lars comentaba sus impresiones. Guy, incómodo, bajaba la mirada por miedo a ser

interrogado. Se preguntaba cómo Lars había entendido tantas cosas, cómo emitía aquellos juicios tan sabios a partir de la narración del marino que él mismo había escuchado. Guy se había quedado sólo con la historia, con sus deformaciones que tanto lo habían cautivado. Era como si hubiesen oído a diferentes personas narrando cosas diferentes. Bajaba la mirada y al hacerlo observaba sus manos, hurgando en las entrañas de la hogaza de pan con unas uñas largas y sucias, agarrando burdamente la copa de vino. Allí se escondía el secreto de su escaso entendimiento.

II. Guy despertó acurrucado

Guy despertó acurrucado, hecho un ovillo en su lecho de la cabaña. Hacía frío, y sintió pereza para moverse. La luz del día que se filtraba por los huecos del techo, por las grietas de las paredes, por las rendijas mal ajustadas de la puerta, le anunciaba un día soleado. Aún así, prefirió remolonear, buscando un calor inexistente entre las mantas húmedas.

Dando vueltas, recordó el enorme barco que apenas se balanceaba, anclado en el puerto de Pembokshire. Al hilo del recuerdo apareció la voz grave y despectiva del marinero bravucón, y la visita a aquel curtidor judío de pieles. Guy nunca antes había visto blanquear con sal los pellejos de vaca. Luego el estaqueado, el violento zurrado para obtener flexibles cinchas, correaes o aquellas sogas tan recias, secándose al sol. Había merecido la pena el viaje.

Sintió una punzada de ilusión de la que brotó una sonrisa en la semioscuridad de la cabaña, y un ápice de voluntad, de entusiasmo por vivir, que lo sacó del jergón. Se restregó los ojos y salió fuera. Efectivamente, entre escasas nubes, un cielo azul aparecía después de meses de lluvias y tormentas. El sol cegaba sus ojos mientras su cuerpo se estiraba, perezoso.

Bajó al pueblo negándose siquiera el aseo, recordando más detalles de todo lo que había visto en Pembokshire, hacía tan sólo una semana. Aquel viaje, motivo de orgullo, le hacía olvidar muchas otras cosas. Se esforzaba por retener aquellas imágenes, sacándolas una y mil veces de la memoria para llevarlas a su presente.

En el pueblo, él ya lo sabía, no lo querían bien, y nunca lo

olvidaba: caminaba atento a las puertas que se cerraban, a los niños que le gritaban lo que oían a sus padres, a los adultos que lo esquivaban. Las cuatro calles de barro y estiércol se secaban al sol, brillando con tonos ocres. Oía voces lejanas, en la playa. Los niños corrían y jugaban mientras las madres recogían cangrejos entre las rocas para festejar el puchero de la cena. Las gaviotas planeaban tranquilas, buscando algún pescado, algún despojo que llevarse al pico. Guy prefería esa soledad y caminó deprisa hasta llegar a la puerta de la casa de Lars. Se pasó la mano por el pelo en un gesto de higiene de última hora, inútil. Estaba pegajoso y revuelto. Ni siquiera se había acercado al arroyo a asearse. Dudó antes de llamar, pero un grito lo convenció. Era un grito que atravesaba la miseria de aquellas calles abandonadas:

- Farero ladrón, duerme de día, por la noche habla con el demonio.

Al acabar aquel estribillo, el diablillo rubio arrojó una piedra contra el pobre Guy. Afortunadamente la puerta de la casa se abrió y Guy se salvo de la condenada puntería de aquella fiera. Emma, la mujer de Lars, se apartó para dejar entrar apresuradamente a Guy. Se escuchó el sonido de la piedra golpeando contra el dintel de la puerta.

Emma era menuda, llevaba siempre el pelo recogido a la altura de la nuca. Tenía unos ojos azules perdidos, hundidos en un rostro asombrosamente pálido. Guy siempre creía que estaba enferma, pero nunca se habría atrevido a comentárselo a Lars. Acomodó a Guy cerca del fuego. Le dijo que Lars bajaba enseguida, había aprovechado el buen tiempo para reparar unas goteras en el tejado de la casa.

Emma desapareció por una puerta. Guy olfateaba y miraba el orden, la limpieza que habitaban entre aquellos sencillos muros. Por comparación le hacían sentirse un animal, encerrado en su inhóspito torreón y en el sucio almacén de leña y soledad. Emma regresó con un plato de pudding que ofreció a Guy. Este aceptó encantado, pero cuando sus manos comenzaron a partir el dulce, un trozo se deslizó

de la escudilla de madera, cayendo al suelo. Guy enrojeció y se agachó con rapidez para recogerlo. Emma trato de acallar las disculpas de Guy con una amplia sonrisa. Mientras recogía las migas del suelo, Guy se odió, odió sus torpes manos, soportes de un alma torpe, incurable. Se sentó y se comió todo el pastel con una opresiva sensación de culpabilidad.

Emma volvió a aparecer con un vaso de leche. En ese momento apareció Lars, sudando, con las manos manchadas de barro y paja.

- Hola, Guy. No te quejarás de cómo te tratan.

-No... He tirado el pudding que Emma... Lo siento.

- Tranquilo, Guy -cortó enseguida Lars las disculpas balbuceantes-. Me cambio y nos vamos a tomar unas pintas.

Entraron en la taberna de Tom el Cojo con el sol ya ocultándose bajo el mar. Enseguida sintió Guy las miradas hostiles, acusadoras y nada discretas, de los tres únicos clientes, pescadores, que estaban sentados, jugando a los dados. Lars y Guy se dirigieron al mostrador y pidieron dos pintas. Se sentaron con sus jarras en una mesa sucia.

-¿Qué tal, Guy? -preguntó Lars en un tono campechano, relajado.

- Bien. Llevo tres... no, cuatro noches sin divisar ningún barco, ninguna luz en la noche.

-¿No ha salido ningún barco desde Liverpool últimamente?

-No lo sé.

-Quizás bordeen la costa norte mientras dure el temporal del oeste. Pero, según tengo entendido esa costa es más abrupta, más salvaje. Esta mas despoblada. Normalmente, ¿cuanto tiempo pasa entre que divisas un barco y el siguiente?

-Depende, pero es extraño que pasen cuatro noches seguidas sin que vea ninguno. Y eso que la niebla no ha espesado tanto como hace un par de semanas.

Hubo un silencio en el que Lars dirigió la mirada muy lejos,

más allá de la taberna y del pueblo. Parecía pensar en cosas grandes, distantes. Guy lo miraba con respeto. Luego ambos dieron un gran trago a sus aguadas cervezas.

-Este Tom -dijo Lars en tono confidencial-, cada vez estropea más la cerveza. Dentro de poco no vamos a poder seguir bebiéndola.

-Oye, Lars -empezó tímidamente Guy, como si hablase de algo mucho más trascendente que las cervezas de Tom el Cojo-, nunca me has contado del todo como fue aquello de... de no llegar a hacerte cura.

-¿De verdad te interesa?

Guy asintió con la cabeza. Entonces Lars se acomodó en el banco de madera y comenzó a hablar.

- Ya te conté que mi padre había estudiado leyes y entró a trabajar en la Livery Companies, que es una compañía de importación y exportación. Él pertenecía a una familia de fuerte tradición católica. De hecho su único hennano varón, mi tío Richard, llegó a ser obispo de una región cercana a Escocia. Mi padre quería para mí una carrera religiosa y así ingresé a los dieciséis años en la Cartuja de Londres. Era un régimen de vida muy duro, pero por las tardes me enseñaban latín y textos clásicos, por expreso deseo de mi padre. A mí eso me acabó gustando más que la propia teología. Él en su trabajo conoció a un gran hombre, Thomas Moro, habrás oído hablar de él, ¿no?

- No -respondió Guy un poco azorado.

-Según mi padre era una gran persona, estricto y fiel católico, un hombre muy culto y erudito. Después de trabajar juntos en la Livery Companies, Moro entró a trabajar en la Corte del rey, en misiones diplomáticas, creo. Cuando yo tenía tres o cuatro años el rey Henry VII murió. Le sucedió en el trono su hijo Henry VIII, nuestro actual monarca. Era el hijo segundo; el mayor, Arthur, ya había muerto. Mucha gente se alegró, pues el antiguo rey no era excesivamente querido. Moro, que se llevaba bien con la corona, entró a formar parte del Consejo del Rey y llegó a ser nombrado Presidente

de los Comunes. Es una especie de Parlamento que asesora y guía al Rey. Mi padre y él seguían viéndose en ocasiones. Lo conocí cuando yo tenía unos nueve años. Vino a nuestra casa de las afueras de Londres con su hijo John, tres años menor que yo. Yo por entonces aún vivía con mi padre, mi madre murió cuando yo era muy pequeño, y John y yo jugamos en la ribera del río largo rato, sin que mi padre se preocupase de mí, entusiasmado como estaba en la conversación con Moro.

Lars hizo una pausa para pegar un largo sorbo de cerveza. Guy estaba fascinado por la maravillosa forma de hablar de Lars. Se sentía orgulloso de que le confiara tantas cosas acerca de su vida. Cuando hubo refrescado su garganta, Lars prosiguió.

-Mi padre entró como alto funcionario, no recuerdo con qué cargo, de la mano de Moro. Fue el año que yo ingresé a rezar, a estudiar y a vivir, aislado del mundo. Mi padre era feliz por mí y por su trabajo. Por aquel entonces apenas lo veía una tarde al mes, pero me fue transmitiendo malas noticias. El rey convocó al Parlamento para tratar de su divorcio con Catalina de Aragón, y poder así contraer nuevo matrimonio. Se rumoreaba la lujuria del rey, pero mi padre, que estaba bastante metido en el entorno de la Corona, me hablaba de la preocupación del rey Henry por no tener descendencia masculina. Mi padre me dijo varias veces que la reina era también una amante de las letras, una mujer sabia y discreta, a la que Moro apreciaba sobremanera. También quería el rey exponer al Parlamento su deseo de subir los impuestos, para continuar financiando la costosísima guerra con Francia. Moro, al igual que mi padre, eran enemigos declarados de la guerra.

- Tu padre, ¿hablaba con el rey y con la reina? -preguntó Guy aprovechando una pausa que hizo Lars en su narración.

-No mucho, trabajaba con un grupo de altos funcionarios, bajo la dirección de Moro, pero sí, los veía y los trataba algunas veces.

-Sigue, sigue -repitió encantado Guy.

-Moro se opuso al divorcio, porque iba contra las disposiciones de la iglesia y porque apreciaba a la reina. Mi padre era del mismo parecer y andaba preocupado. Cierta día me comentó que el rey tenía mal carácter, que no era tan de fiar como había hecho creer en un principio a todos los que le rodeaban. La situación se complicaba por momentos. Recuerdo que fue entonces cuando salí de la Cartuja, con mis estudios terminados. Estuve un año... no, año y medio en Chelsea, y allí me ordenaron sacerdote -esto último lo dijo Lars muy bajo, mirando alrededor suyo, tratando de captar algún oído indiscreto.

- Entonces, ¿llegaste a hacerte cura?

Lars sonrió ante la mirada estupefacta de Guy, respondiéndole con un gesto de complicidad. Bebió el último trago de su jarra de cerveza y prosiguió.

-El rey se divorció de Catalina finalmente y se casó con Ana Bolena. Moro, como ya te dije, no lo aprobó y aquello al rey le molestó bastante, sobre todo por la influencia y el prestigio que Moro había adquirido en todo el país. Mi padre me escribía preocupado. En los Comunes sabían que el era de los partidarios de Moro, y la cosa se estaba poniendo complicada. El rey endureció sus posturas frente a todos aquellos que se oponían a su divorcio y por consiguiente a su nuevo matrimonio. ¿Has oído hablar de la célebre Acta de Supremacía, Guy?

-Sí, pero no recuerdo bien... era una lucha del rey con la iglesia. El cura de mi pueblo habló alguna vez de eso, de demonios, de tempestades, pero yo era muy pequeño.

-Hace quince años, mediante el Acta de Supremacía, Henry, nuestro rey, rompió con la iglesia católica de Roma. Desde entonces, él es el jefe supremo de la iglesia en Inglaterra. Es, por así decirlo, nuestro Papa.

Lars suspiró, miró a Nelly, la hija del tabernero, y le hizo un gesto para que rellenara las dos jarras. Guy contemplaba horrorizado

los bigotes de aquella mocetona gruesa y gruñona, mientras les servía.
- Entonces -preguntó Guy cuando Nelly se hubo retirado-, ¿no somos de la iglesia católica?

-Yo ya no soy de ninguna iglesia. Pero no, en Inglaterra ya no existe el poder de la iglesia de Roma. Y en el Imperio, en Alemania, tampoco. Allí un tal Lutero ha creado una iglesia, evangélica la llaman, que también es independiente del Papa. Pero espera, que seguiré con mi relato. Moro solicitó renunciar a sus cargos. El rey accedió y Moro se retiró a Chelsea, donde tenía una casa. El primer domingo de su estancia vino a misa, a mi parroquia. Le reconocí al momento. Al terminar los oficios me acerqué a él y estuvimos charlando un rato. Me invitó a comer a su casa. Estaba triste y preocupado, aunque ahora podía dedicarse por entero a la lectura de sus clásicos, a las traducciones, como le gustaba hacer. De todo esto hace unos diez años. Nada más conocerse oficialmente el segundo matrimonio de Henry, Roma lo excomulgó. En ese mismo año se "produjo la nueva coronación, con la nueva reina, a la que Moro no asistió. Ese año mi padre abandonó su trabajo de funcionario. Estaba agobiado. Reingresó en la Livery Companies, pero por altas presiones que venían del Parlamento tuvo que abandonar su trabajo. Comprendió que estaba condenado, que le harían la vida imposible. Se retiró a la casa de sus antepasados en Plymouth, una casa deshabitada durante una generación, medio derruida. Murió dos años después, con una gran desilusión por todo lo que había vivido. Pero peor le fue a Moro.

Lars hizo una pausa. Su rostro reflejaba la tristeza de unos hechos que le afectaron indirectamente. Se pasó la mano por la cara y siguió hablando.

-Pero, ¿sabes una cosa, Guy? Mi padre no cambió sus principios. Igual que Moro, permanecieron dentro de sus creencias, fieles a aquello que para ellos era importante. Te cuento esto porque otros muchos se callaron, temerosos de perder sus privilegios, sus asigna-

ciones reales. Mi padre hubiese cobrado una renta al retirarse como para vivir holgadamente el resto de sus días, si no hubiese manifestado abiertamente su oposición a la actitud del rey.

- y tú, ¿dejaste la iglesia entonces?

- Yo no sabía qué hacer. El obispo nos convocó un par de veces y nos informó de cómo transcurrían las cosas. Me harté, sencillamente. Para mí, la fe, la vida sencilla consagrada a la oración y a la meditación no podían estar tan estrechamente vinculadas a los caprichos de un monarca, a las cosas mundanas.

Nuevamente bajó Lars el tono de voz al pronunciar estas últimas palabras. Entonces aprovechó Guy para preguntar.

- Y a Moro, ¿qué le pasó?

-Al final a Thomas Moro lo encerraron en la Torre de Londres. El proceso, la condena..., todo fue absurdo. Lo decapitaron. Mi padre murió muy poco antes, pero el cautiverio de Moro lo apenó mucho. Realmente me siento orgulloso de mi padre, aunque al final su hijo no es cura, como él hubiese deseado. Abandoné los hábitos, abandoné todo aquello y hui a Pembokshire, donde trabajé con mi primo. Allí conocí a Emma, me casé con ella y nos vinimos a vivir aquí. Aprendí, estoy aprendiendo, a pescar y a ganarme la vida apartado de todas aquellas inmundicias.

-Lars... -Guy iba a preguntar algo más, pero Lars, cansado quizás de recordar aquello, interrumpió a Guy.

- Y tú, ¿cómo llegaste hasta aquí? Sí, ya sé. Te pillaron robando un saco de manzanas y después un tío tuyo te sacó de la cárcel y te consiguieron este trabajo, o esta condena, según se mire -clavó su mirada en los tímidos ojos de Guy, que la rehuyeron.

- Tu historia me parece interesante. Yo en cambio...

- Dime una cosa, Guy. ¿Por qué escondes siempre tus manos?

Guy se miró aquellos dedos toscos y comenzó a ponerse nervioso, a jugar con la jarra de barro. Por último, escondió sus manos debajo de la mesa. Nadie le había hecho jamás esa pregunta.

-No sé... Son como yo no quiero ser.

-Habla, Guy, cuéntame.

- Lars, yo no he estudiado, apenas sabía leer y ya lo he olvidado. Trabajé con mi padre desde pequeño. Mi vida no merece la pena... Ni siquiera merece la pena ser contada. "

Las campanas repicaban para la misa de la tarde. El monaguillo tiraba con fuerza de la soga haciendo que de la espadaña de la iglesia surgiese la llamada dominical, perdiéndose los ecos metálicos en lo más frondoso del bosque.

Guy esperó, como siempre, a que la gente entrase en la iglesia. Estaba alejado de la entrada, apoyado contra el cercado de un establo. La gente lo miraba de reojo, los niños hacían burlas y se mofaban de él. Cuando ya todos se encontraban en el interior de la iglesia, acomodados en sus bancos de madera, entonces entraba él y se quedaba de pie, cerca de la puerta.

Aquel día Guy no dejaba de pensar en lo que le había contado Lars, de su padre, de Moro y del rey. El rey no era bueno y ahora mandaba en la Iglesia. Además, en Alemania pasaba lo mismo. A Guy no le gustaban los cambios. Temía ante situaciones nuevas, sentía inseguridad, pero no sabía por qué. Miró el crucifijo de madera de roble que colgaba de unas cadenas de bronce, detrás del altar, protegiendo un tosco relicario. Tuvo una duda terrorífica, que espantó inmediatamente de su cabeza. Tenía que ser verdad toda aquella historia que desde pequeño le habían contado, aquello de la Iglesia, de las Escrituras, de Dios y de los santos. La duda se le presentó como un relámpago, asustándolo. Pero tantos siglos, tantos mártires, tantos fieles... Tenía que ser verdad. «¿Y si los feligreses también tienen estas dudas y no se atreven...? No, ellos tienen más fe. Sus pensamientos comenzaban a enfrentarlo a tormentos imaginarios. Miró hacia el altar e intentó seguir la lectura del Evangelio. Pero su propósito de concentrarse en las palabras leídas duró poco.

Guy se preguntó por qué Lars era su amigo. Tal vez porque los dos estaban marginados. Sí, se entusiasmó Guy al descubrir aquella idea, Lars vivía en el pueblo, salía a pescar en aquel barco tan pequeño y viejo, pero no tenía mucho contacto con los vecinos, no se le conocía otra amistad que la del farero. Esto último lo llenó de orgullo: el orgullo de ser amigo de la persona a la que se admira. Además, no iba a misa casi nunca, y eso era peligroso por aquellas tierras.

De repente una piedrecita, pequeña pero lanzada con puntería, le golpeó con fuerza en la nariz. Luego unas risas de niños, unos rostros adultos que se dan la vuelta y cuchichean, piden silencio. Guy sintió un hilillo de sangre que le llegaba a los labios. Se relamió notando el líquido caliente, pero siguió perdido en sus pensamientos, divagando sin enterarse del sermón del párroco.

-¿De qué hablaba nuestro cura en el sermón? -preguntó Lars cuando se encontró con Guy, camino del faro.

-No sé... no me he enterado muy bien.

-¿Por qué? ¿Acaso, no has ido hoy a misa?

-Sí, pero... Estaba pensando en otras cosas.

-¿En qué pensabas, Guy?

-Yo... -Guy hizo una pausa en la que sus ojos siguieron las nerviosas figuras que sus manos, las que de verdad estaban hablando con su alma en aquel momento, dibujaban, entrelazándose y separándose-Lars, dime, ¿por qué eres mi amigo?

Lars miró a Guy serenamente a pesar de la sorpresa que le causaba la pregunta tan directa, tan repentina. Luego miró hacia el faro y recorrió con su mirada desde este punto hasta donde debería hallarse, más o menos, Pembokshire, escrutando la costa. La tarde estaba grisácea, con suaves pero gélidas brisas. Volvió a mirar a Guy. -Porque te aprecio. Sí, Guy, eres una buena persona y llegado el caso lo demostrarías. Eres noble y bueno. Me gusta hablar contigo, aunque creo que yo hablo y tú escuchas casi siempre -Lars sonrió al

decir esto último-. Por lo menos la mayor parte de las veces. Pero eso me gusta. La gente tiende más a hablar que a escuchar. Necesita desahogarse más que aprender de los demás. Y tú eres de las pocas personas que sabe escuchar, que te interesas de verdad por lo que te cuento. Sólo conozco otra persona parecida a ti en ese aspecto.

-¿Quién?

-Emma.

Guy se quedó en silencio, pero pronto reanudó el discurso que tenía en la cabeza, luchando con un vocabulario y un lenguaje toscos y sencillos, que limitaban sus posibilidades de comunicación.

-Yo no sé casi ni hablar. Tú eres... Tú has estudiado... Sin embargo prefieres hablar conmigo. No será... No será porque los dos estamos aquí... aquí marginados, apartados de los otros, como apestados.

Guy se avergonzó al momento de haber formulado aquella afirmación. Lo que su cabeza tejió en la iglesia, aquel pensamiento entonces lúcido y lógico, parecía ahora, después de formulado, carecer de sentido. Lars lo miró sorprendido.

-Sabes, Guy. Creo que tienes razón. Somos dos seres marginados y eso nos une -sonrió, devolviéndole a Guy su confianza-. Te acompaño al faro. Hoy te voy a ayudar a cortar leña hasta la hora de cenar. ¿Quieres?

Guy esbozó una amplia y satisfecha sonrisa. A veces Lars ayudaba a Guy a serrar troncos ya caídos, secos, y a llevarlos hasta la cabaña, y eso llenaba de satisfacción a Guy. No sólo porque se acababa antes la penosa tarea, o trabajaba menos, sino por la conversación, las palabras amigas, la compañía. La sensación de no afrontar el trabajo, el mundo y sus penalidades solo, sin nadie a quien contárselo.

Lars le explicó un día a Guy que el trabajo del faro era un trabajo que lo deberían hacer dos personas. El hecho de ser una conmutación de una pena de prisión no debería convertirlo en una tortura. Guy entonces los hombros. Siempre se resignaba a

su destino. Pensaba que lo del faro era mejor que la mazmorra, y no hacía sino agradecer a Dios su fortuna al no pasar hambre.

III. Por fín una noche estrellada

Por fin una noche estrellada, sin niebla ni vientos. Guy maldecía el frío húmedo de la noche pasada casi al raso, pero agradecía la visión del firmamento limpio. Calculaba que ya faltaba poco para el amanecer. Alimentó bien el fuego y se bajó a dormir. Mientras se cubría con la roída frazada sobre el jergón escuchó un ruido lejano. Se quedó quieto, atento. Cascos de caballo golpeaban sobre la tierra helada, lanzando un ruido inquietante. Eran varios y venían al galope. El sonido fue creciendo hasta convertirse en una espantosa amenaza para Guy. Se incorporó y abrió despacio la puerta de la cabaña. Divisó con la escasa luz del clarear del nuevo día seis jinetes que en ese momento disminuían el paso y se acercaban al trote. Eran soldados del rey. Los reconoció por las celadas bruñidas, por el escudo de armas tejido sobre la cota de malla.

Periódicamente venían dos o tres soldados reales a traerle su asignación, muy menguada por los propios soldados, a los que jamás se atrevió a enfrentarse. Pero nunca venían tantos. Ni venían a esas horas.

Uno de ellos hizo ademán de descubrirse la cabeza, saludó e hizo un gesto, todo ello sin apearse de su montura, para que Guy se acercase. Le entregó un sobre lacrado con el mismo sello que aquellos soldados lucían sobre sus ropas.

-Órdenes de nuestro soberano.

-Pero yo... No sé... No sé leer.

-Es muy sencillo, farero. Ante el peligro que representan para nuestro amado monarca Henry y para su reino ciertos pueblos que

pretenden invadimos, su majestad, el rey, ordena que este faro no vuelva a lucir hasta nuevo aviso.

-Pero... Los pescadores... Hay muchas rocas...

- Es la voluntad del rey, nuestro y vuestro monarca. Ya sabes a lo .que te expones si no acatas sus órdenes-. Miró a los otros soldados y dijo burlescamente: ¿Los pescadores? ¡Pobrecitos, los pescadores! Los soldados rieron y el que había hablado continuó en un tono despectivo-. A nuestro rey le importan muy poco unos pescadores perdidos en esta miserable costa.

Y sin más, dio media vuelta, espoleó a su caballo y los demás soldados lo siguieron, perdiéndose en las primeras luces del amanecer, rumbo a su rey.

Guy se quedó preocupado por aquella noticia, pero mientras atrancaba la puerta de su almacén con un travesaño de madera, de repente, se sintió importante. Pensaba que lo que él hacía no le era extraño al rey de Inglaterra. Recordó todo lo que Lars le había contado sobre Henry, el actual monarca. Nada bueno. Pero él, Guy, el farero de Sheringham, era tenido en cuenta, él y su faro, en la corte de Londres.

Con ideas como aquellas haciéndole olvidar sus desabridas manos, los largos y rollizos dedos que atenazaban la frazada para abrigarse, durmió el humilde farero de Sheringham su primera madrugada de hombre importante.

-Hola, Guy.

Era la voz de Lars surgiendo, con su figura melenuda y corpulenta, de entre las rocas. Guy estaba sentado en el borde de un pequeño entrante de mar, intentando pescar algo.

- Hola, Lars.

-¿Has pescado mucho?

-No, acabo de ponerme. Ya sabes que me levanto muy tarde.

-Oye, Guy, ayer, en la noche, oí unos cuantos caballos. Pasaron

cerca del pueblo. Salí a la calle, pero no logré ver nada. Fue cerca del alba. Quizás tú desde el faro viste algo.

Guy narró con orgullo el episodio de su encuentro con las tropas del rey. Dejó la rústica caña apoyada en un saliente y extrajo la carta de entre sus ropas. Se la entregó a Lars, quien la leyó silencioso.

-¿Qué dice? -preguntó ansioso Guy.

-Exactamente lo que te dijo el oficial del rey, pero en un tono más solemne.

-Ya ves -dijo Guy en un tono afectado que no le iba mucho la importancia de mi puesto. Tendré que decírselo a todos los pescadores; a ti también, para que no salgáis a pescar lejos.

- Tú sabes que estas tierras no son muy ricas, ni nos sobra nada. Más bien andamos necesitados. No podremos pasarnos más de tres días sin hacernos a la mar.

-Oye, Lars -Guy recuperó su tono habitual, más humilde-, ¿qué crees que ocurre?

-No lo sé. Desde que vivo en este pueblo no sé lo que pasa en Inglaterra, en Europa. Sé que Henry, tu rey, andaba en guerra con el rey de Francia. Tal vez se tema una invasión. O quizás sean los castellanos, desde que su rey Carlos es también emperador de Alemania. No lo sé Guy, estoy un poco alejado del mundo. I -Una vez me contaste que en Alemania había un... ¿cómo se dice? Uno de esos que van contra la iglesia, y luego los queman...

- Un hereje.

-Eso es, un hereje. Hubo muchos problemas y allí la iglesia también se separó del Papa.

- Hablas de Lutero.

-No me acuerdo del nombre.

-Otro problema para la Iglesia. Pero ya te expliqué que no conozco muy bien el caso. Lo que sí que oí es que tuvo muchos partidarios, incluso príncipes y nobles. Moro y mi padre no simpatizaron mucho con su doctrina.

-¡Qué mundo tan complicado!, ¿verdad, Lars?

Lars sonrió ante el tono infantil de Guy. Se levantó y se despidió de él.

-Oye, Guy, voy a comentárselo a los pescadores -su mirada revelaba distancia, preocupación-. Mañana íbamos a salir a la mar, a por bacalao. Adiós.

Lars trepó por las rocas. Antes de desaparecer de la vista de Guy se detuvo y se dio la vuelta.

-¡Guy!

Guy dejó la caña apoyada en las rocas y se ladeó para mirarlo.

-Si en tres días no recibes noticias de los soldados del rey y tenemos que salir a la mar, ¿qué harás?, ¿encenderás el faro?

Guy no supo qué contestar. Lars desapareció del todo sin esperar respuesta a sus preguntas, a unas preguntas que en aquel momento no tenían respuesta.

Aquella noche no hizo mucho frío. Las nubes se cerraron al caer la tarde, envolviendo la tierra con cariño, como en un abrazo fraternal, para que no perdiese la tierra su tibieza. Como compensación, privaron a las gentes del lugar del espectáculo sosegado de un firmamento estrellado, de una luna plateada.

Guy subió al faro y sintió extrañeza al verlo oscuro y trío. Escuchaba el chocar de la mar contra las rocas, en su ll1cansable lucha. Miraba a lo lejos y tan sólo alcanzaba a ver oscuridad, tinieblas y soledad.

Comenzó a dar vueltas por la reducida plataforma, todavía llena de cenizas de la última noche. Sonrió: «Hoy no, hoy seré libre». Sin embargo no podía bajar del faro. Demasiado intenso el hábito. Temía afrontar la noche en otro lugar, sin el sentido que le daba el fuego a la noche. Tal vez en la cabaña. Lo desechó de inmediato. Miró hacia el pueblo. El candil de la taberna de Tom el Cojo lucía en medio de la noche. Era la señal de que allí dentro se servían pintas aguadas,

se jugaba a los dados o a los naipes, se hablaba del faro, tal vez se cantase. Pero sentía que era un lugar proscrito para él. Además, sin la compañía de Lars, que probablemente estaría acostado junto al cuerpo pálido y tibio de Emma, ¿qué iba a hacer allí?

Bajó del faro y caminó hacia la cabaña. Entonces resonaron, como un eco, las preguntas de Lars: «¿Qué harás?, ¿encenderás el faro?" Se detuvo, se miró las manos a través de la suave oscuridad que iba creciendo. Distinguía la carne torpe que configuraba aquellos dedos absurdos, sólo útiles para las labores más duras. Pasó la yema embrutecida e insensible del dedo índice de su mano derecha por los bordes de las uñas de la mano izquierda. No sentía las asperezas que sabía que allí se ocultaban. Aquellas manos no eran capaces de enfrentarse a tamaño dilema, simplemente se escondían del mundo que les había tocado vivir.

Decidió no darle más vueltas al asunto. Entró en la cabaña y abrió una botella de aguardiente que le consoló y le dio calor y ánimos para afrontar una noche más de soledad, pero la primera sin su faro.

La tensión entre los pescadores en todo el pueblo creció notablemente a partir de la tercera noche de total oscuridad. El cuarto día se reunieron en la puerta de la parroquia. La gente estaba nerviosa, agobiada por la presión de las circunstancias, por las oscuras perspectivas. Existía también el miedo a una posible invasión de pueblos desconocidos.

-¡Antes no teníamos faro y salíamos a pescar! -se alzó una voz autoritaria, que fue rápidamente contestada por otra no menos imponente.

- Pero entonces no íbamos a por el bacalao, no nos alejábamos tanto. Además, faro siempre tuvimos. ¿O es que no te acuerdas que hacíamos señales cuando alguno estaba fuera, o se demoraba en regresar? -se oyó un murmullo de aceptación-. Lo que ocurre es que era nuestra señal, sólo para nosotros y cuando nos convenía.

-Además, poco pescado comíamos cuando teníamos ovejas y vacas, y no ese maldito bosque. ¡Ojalá se lo lleven las llamas! –bramó un anciano antes de escupir con rabia contra un perro pulgoso, que huyó de la escena demasiado tarde, con el rabo entre las patas.

-¿Y si es una excusa del farero del demonio? ¿Y si lo que quiere es vemos morir de hambre y convertirse en el dueño del pueblo?

Los gritos de la muchedumbre contra el farero arreciaron. El odio que había despertado desde su llegada germinó en forma de condena popular. El único que podía defenderlo de la ira contenida del pueblo, donde no era querido, era Lars. Y lo hizo.

- El farero, Guy se llama, os lo recuerdo, recibió la visita de unos soldados del rey.

-Siempre vienen a pagarle. Eso no quiere decir nada -dijo el párroco silencioso hasta entonces.

- Pero esto sí - Lars extrajo de sus ropas la carta oficial que había recibido Guy. Aquel sobre sellado pareció aplacar el enojo de los vecinos de Sheringham-. Toma, léelo - Lars le pasó la carta al párroco.

Éste la tomó y la leyó en voz alta. Un espeso silencio se apoderó de la plaza y de la gente allí congregada. Luego comenzaron de nuevo los murmullos.

En un principio la gente no se había preocupado por el tema. Pensaron que un par de días sin pescar, sin trabajar, no planteaban un gran problema. Pero ahora, el fantasma del hambre acechaba cada atardecer con mayor presencia.

-Propongo que encendamos el faro-la primitiva voz que exacerbó los ánimos de los pescadores reunidos, recuperó protagonismo, acallando las voces, las dudas-. Que obliguemos al farero, al Guy ese, a encender el faro.

Volvió el silencio a rondar por la reunión. Hasta que Lars habló de nuevo.

-No podemos hacer eso. Si el rey se entera nos pasarán por las armas, sencillamente.

El rey no tiene por que enterarse. ¿ es que va a haber algún soplón que va a ir a contarle al rey que hemos encendido el faro? –la amenaza procedía de la voz autoritaria, y sonaba muy serio, pero a Lars no le intimidaba.

-Escucha, William, si encendemos el faro su luz se verá desde Pembokshire, desde Brolish. Es mucho riesgo. Además, ¿quién te asegura que no se van a presentar por la noche los soldados del rey, . o del duque, por aquí?

-¡Al diablo con el rey! -bramó, colérico, William.

- Bien, amigo del farero, entonces, ¿qué hacemos? –preguntó una mujer gruñona.

- Podemos ir al bosque y coger frutos -se oyó desde los sectores más alejados del centro de la disputa, provocando una carcajada general. Alguno más se animó.

- Podemos ir a pedirle al rey que nos deje encender el faro, sólo por una noche.

Las bromas y las risas se multiplicaron, aliviando la tensión acumulada. Pero Lars apenas disimulaba su mal humor. Aquellos ignorantes o adoptaban una postura arrogante o caían en la hilaridad más absurda. Se dejaban arrastrar por dos o tres voceadores más o menos carismáticos.

-Podemos salir sin faro. Saldremos al amanecer hasta el cruce de corrientes. Es una navegación más peligrosa, pero hay pesca segura. Calcularemos para llegar al anochecer. Si el día es bueno no tendremos problemas. Yo me arriesgo.

La voz de Gary Smith sonaba segura, mesiánica para aquellos acobardados pescadores. Necesitaban una decisión, para criticarla o ponerse de su parte. Lars se retiró preocupado.

-Sí, Guy, mañana el barco de los hermanos Smith saldrá a pescar. Y el Tuerto se ha animado. En ese caso saldré con ellos.

Guy y Lars estaban sentados en la taberna de Tom, bebiendo

cerveza y bajando la voz a cada momento. Muchos curiosos tendían orejas indiscretas tratando de captar algo. El farero resultaba una figura clave, un día antes de la partida.

- Pero es un riesgo. Mira aquellas nubes -dijo Guy señalando a través del ventanuco unos oscuros nubarrones de voluptuosas formas-. sabes cómo va a estar la mar a partir de esta noche.

- Escucha, Guy. Hace años aquí la gente vivía de pescar cangrejos y algún pez de esos escuálidos que se cogen con dificultad desde la costa. Pero vivían sobre todo de la ganadería. Tom, William, Ralph... Todos ellos han sido toda su vida pastores e hijos de pastores. Pero unos quince años atrás el rey prohibió el pastoreo y mandó matar muchas ovejas y vacas. Si te fijas apenas hay un establo con cinco o seis gallinas, y alguna vaca.

- y ¿por qué hizo eso el rey?

Lars se apoyó encima de la mesa, acercándose más a Guy, para hablar así en un tono un poco más confidencial.

- Para hacer más naves de guerra. Alguien le sugirió, el duque seguramente, que en estas tierras los árboles, especialmente las hayas, crecían con facilidad. Y así es, como tú ya sabes. Dentro de unos años, según tengo oído, ese bosque donde cortas ramas secas y algún que otro árbol, ese bosque desaparecerá, para construir con su madera barcos de guerra. Entonces, no lo sé, a lo mejor podremos tener ganado un par de años.

-No sabía... no sabía nada de eso -la voz de Guy revelaba asombro.

Lars se irguió en su asiento, pegó un gran trago de su pinta y se secó la boca con el dorso de la mano.

-Guy, mañana saldremos a pescar. Si nos retrasamos y enciendes el faro, el rey te colgará. Si no lo enciendes, nadie te podrá decir nada.

-Te equivocas. Los del pueblo me matarán. Me odian. Si pudieran...

-No, Guy. Les he mostrado la carta que te entregaron los soldados. Saben que no puedes encender el faro. Cuentan con eso.

Lars se levantó y fue a pagar al tabernero. Salió a la calle, seguido por Guy. Ya fuera de la taberna y del olor a rancio que allí reinaba, sintieron los dos el viento que soplaba fuerte del norte. Los dos sabían que era el viento que impulsaba a las embarcaciones hacia la zona más abrupta de la costa.

-Guy, me voy a casa. Por cierto, ¿sabes que el faro que tú cuidas y enciendes cada noche no está ahí para nosotros, para los pescadores de Sheringham?

Guy lo miró perplejo, como si Lars estuviese diciendo algo demasiado absurdo para tomarlo en serio.

- El faro está aquí para ayudar en la navegación a los buques que se hacen en los astilleros de Liverpool. Al rey los pescadores le importan bien poco -miró hacia al suelo con una tristeza enigmática. Luego añadió:- Tengo que preparar los aparejos. Mañana saldremos muy pronto, antes del amanecer. Adiós.

Guy recordó las palabras de desprecio hacia los pescadores lanzadas por los soldados del rey que le habían entregado la carta. Lars se alejaba calle abajo cuando este lo llamo.

-¡Lars! - . .

Lars se detuvo y se dio la vuelta. Guy no sabía qué decirle. Le gustaría decirle algo vago, impreciso, que no sabía transformar en palabras inteligibles.

-¡Suerte!

-Gracias, Guy.

Los hermanos Smith tenían un velero de carga con un poderoso mástil, reconvertido con maña y habilidad para la pesca. Era un barco robusto y grande, en el que se solían embarcar ocho o diez marineros. El barco partió antes de que amaneciese un día nublado – frío. Poco después soltaba amarras el del Tuerto, en el que salía Lars.

Era una pinza, una pequeña embarcación, estrecha y de aspecto frágil, pero muy manejable.

Guy llegó corriendo al sencillo puerto, olvidando los miedos y desconfianzas que habían regido hasta entonces sus relaciones con los habitantes del pueblo. Su osadía, su precipitada e inusual forma de presentarse ante aquellas gentes, causaron el desconcierto. El barco de Lars se alejaba de la costa mientras Guy lamentaba no haber llegado antes. Se durmió a última hora, cuando ya casi había pasado toda la noche en vela con sus pensamientos y sus angustias.

Cuando la embarcación se convirtió en un punto que se desvanecía en el horizonte, cuando en el cielo se hicieron evidentes los oscuros presagios del día anterior en forma de pesados nubarrones preñados de viento y lluvias, entonces Guy se dio cuenta de las miradas curiosas que le dedicaban los que se habían quedado en tierra, los familiares de los intrépidos marinos. Un golpe de miedo le hizo dar unos pasos hacia atrás. Unos niños se movieron, revolotearon en torno a unas cestas vacías. En aquel momento Guy echó a correr, para refugiarse en la soledad de su cabaña, en la protección silenciosa de su faro enmudecido.

La lluvia caía con fuerza después del mediodía. Ya de mañana había comenzado como un intermitente chispear de finas gotas. Un viento desapacible hacía que el agua entrase por todos los huecos al faro. Aún así, Guy permaneció casi toda la tarde en su silenciosa atalaya de cenizas frías, apretado contra una de las vigas de madera, cerca de la única pared de su faro. Se cubrió con la tela que usaba para liar los fardos de leña y permaneció a merced de sus ideas y del frío. Las palabras de Lars seguían volando en su interior chocando contra su reducido mundo, golpeando su conciencia más profunda y desconocida. La tortura mental lo aislaba del hambre y de las gélidas corrientes de aire que se colaban por todas partes. Así estuvo, embrollándose en pensamientos sin salida, hasta que las nubes

comenzaron a difuminarse, a perderse en una oscuridad que iniciaba su tenebroso reino. El sol se empezaría a poner más allá de las masas oscuras hinchadas de lluvia gris, de esa lluvia que caía sobre la costa golpeada por una feroz tormenta, por un viento que arremolinaba y que empujaba con rabia el agua contra las rocas.

Guy miró todo lo lejos que la luz y la tormenta le permitían. Comprendió lo mal que lo debían estar pasando los pescadores: «Si hubiesen salido ayer... El tiempo fue mucho mejor, pero hoy... Con esta tormenta...», pensaba, tratando de disculparse, de arrojar al mar embravecido una carga que crecía y crecía en su interior, una carga imprecisa pero demoledora.

Bajó del faro y se acercó al borde del acantilado. Recordaba, pero ahora sus recuerdos no se alejaban hacia su infancia o su tierra natal. Ahora le llevaban a Lars, a multitud de situaciones cotidianas, charlas con pintas de cerveza aguadas, a tantos y tantos momentos compartidos, tanto tiempo unidos por su condición de marginados, pero también por su amistad.

Descendió con cuidado por entre los riscos hasta alcanzar la entrada de una gruta, donde se protegió de la lluvia. El estruendo del mar empujando contra la costa era ensordecedor. Era de los peores días que Guy recordaba desde que trabajaba de farero. Sabía que cuando soplaba del norte era muy importante para los barcos situarse frente a la costa, desde unas cuantas millas mar adentro. Tenían que enfilarse, según la dirección de los vientos, en dirección al pueblo, con pocas posibilidades de corrección, de forma que los vientos los llevaran allí sin grandes maniobras. Esos días, había dicho Lars, el faro nos dice dónde está el pueblo y eso nos ayuda. Si errásemos al apuntar y nos diésemos cuenta ya cerca de la costa, sería imposible rectificar.

Guy sentía que el tiempo pasaba rápidamente y comprendió que él tenía que hacer algo, tomar una decisión. “Si enciendes el faro, el rey te colgará” recordó de nuevo la voz de Lars. Un escalofrío lo hizo levantarse y trepar por las rocas. Estaba indeciso. Y solo. Hubiese

deseado poder bajar al pueblo, hablar con la gente, encontrar consuelo, compañía. Aquellas dudas, aquel tormento era un lastre muy pesado para él solo. Además, la oscuridad iba creciendo.

Bajó al pueblo. Esquivó la zona de las casas, bordeándolas, dirigiéndose a la casa del párroco. Llamó suavemente a la puerta, tratando de que nadie más notase su nerviosa presencia. Nadie abría. Llamó con más fuerza. Su entusiasmo ante el posible encuentro con el párroco, ante la posibilidad de descargar sus dudas, sus temores, delante de alguien, se esfumaron. Se quedó pensativo. Se hacía de noche irremediadamente. Entonces decidió acercarse al puerto, al embarcadero, para esperar la llegada del Good People, el barco de Lars.

Desde lejos vio cómo casi todos los vecinos de Pembokshire se encontraban allí donde él pensaba ir, escrutando el escaso horizonte que la oscuridad dejaba ver. Los veía moverse, comentar. También notó que, de vez en cuando, alguien miraba hacia el faro, incluso señalando con la mano.

Guy estaba junto a la esquina de una casa de piedra y musgo, tratando de no ser visto, a unas sesenta yardas del embarcadero. Tiritaba de frío y de angustia, envuelto en sus ropas empapadas. No sintió su presencia, tal vez llevaba algún rato allí, observando al que observaba.

- Hola, Guy -la voz suave, casi imperceptible de Emma hizo que Guy pegase un brinco. Se repuso de la repentina aparición y la miró asustado.

-Hola... Hola, Emma. Yo... quería saber...

- Ninguno de los dos barcos ha regresado todavía – Emma desvió la mirada hacia el suelo.

No había tono de reproche en sus palabras hacia el farero. Tan sólo tristeza. Guy lo agradeció internamente, pero no sabía qué decirle. Le hubiera gustado, por ella, por Lars, por él mismo, afirmar: « Ya está. Voy a encender el faro. Con eso seguro que Lars regresa sano a casa esta noche». Pero, a pesar de tener las palabras en los labios, no

lo hizo. El miedo y la indecisión lo tenían atenazado. Todo lo que acertó a hacer fue repasar las grietas de su mano izquierda con las yemas de los dedos de la otra mano, buscando respuestas.

-¿Me acompañas al embarcadero? -preguntó al final Emma.

-¿Yo? Me gustaría, pero... La gente...

-Por favor, Guy. Estoy preocupada y sola. Tú eres el mejor amigo de Lars. ¿Querrás acompañarme ahora?

-Sí, claro. Vamos.

Y así Guy y Emma irrumpieron en el pequeño puerto de Pembokshire, donde los vecinos esperaban con ansiedad el regreso de los pescadores. Cuando los vieron llegar juntos, las miradas comenzaron a converger pesadamente en torno a ellos. Se esparció un silencio tenso. Era la segunda vez en el mismo día que el farero, ese proscrito, ese ser solitario condenado al ostracismo en su torre de madera y clavos, aparecía por el pueblo, cosa que era bastante inhabitual en él. Además, ahora lo hacía acompañado por Emma, la mujer de uno de aquellos a los que se esperaba, a los que, tal vez, el farero podía salvar la vida. Emma tampoco se relacionaba mucho con aquella gente; era como una sombra silenciosa y fiel de su esposo. Solía esperar a Lars en casa, tejiendo bordados y paños, cuidando del pequeño Jonathan.

Se acercaron al párroco, que a la sazón era el hombre de mayor autoridad y prestigio en el pueblo. Guy miraba sus manos, manchadas de barro, huyendo del mundo, ofuscándose, enroscándose en un movimiento incierto y descoordinado. Emma callaba y miraba al párroco, el padre Adam. Éste a su vez miraba a Guy, tratando de forzarle a hablar. Pasaron unos instantes en los que el pueblo acechaba cualquier gesto, cualquier mirada. El padre Adam comprendió que Guy no empezaría a hablar tan fácilmente, pero cuando se disponía a acabar con aquella situación se oyó como un murmullo apagado. Era la voz de Emma, para muchos desconocida.

- Padre, ¿no hay nada?

- No, hija mía. No ha regresado ninguno de los dos barcos. Hay algunas mujeres rezando en la iglesia. Si quieres ir... Aunque no sé, tu marido no debe estar muy presente en los designios del Señor. Emma contrajo todos los músculos de su pálido rostro para retener las lágrimas, bajando al tiempo la mirada. Guy sufría ante la crueldad de aquel cura.

-Pero, padre... Emma va a misa. Dios debe tener misericordia de...

-¡Tú no hables de lo que no sabes! ¿Quién eres tú para decir lo que Dios debe o no tener? Ten cuidado con lo que dices.

-¡Allí! ¡Allí están! -interrumpió un grito que emergió de un extremo del embarcadero. Los hombres y mujeres que escuchaban las duras palabras del párroco se olvidaron pronto de aquel diálogo y buscaron con la vista algo en medio de la oscuridad.

Guy miró, pero no pudo ver nada. La tormenta parecía haber amainado, pero el viento del Norte seguía soplando fuerte. Nadie, salvo el joven que había lanzado la voz de alerta, parecía distinguir nada. Guy cerró los ojos y vio el faro iluminado. No sabía por qué, no estaba recordando nada, estaba viendo imágenes que no sabía de dónde procedían. Veía un barco, un enorme galeón dirigiéndose contra la costa. Guy estaba asustado, jamás le había pasado algo así.

El barco oscilaba salvajemente por el ímpetu del oleaje. Luego oyó gritos en el interior de su cabeza. Hasta que de repente el barco estallaba en mil pedazos al chocar contra las rocas. Guy se estremeció recordando a su amigo, enfrentado a un mar embravecido como el de su extraña visión.

-Guy, ¿ves algo? - Emma lo miraba con los ojos tristes, brillando detrás de lágrimas silenciosas.

Guy miró hacia la mar. A duras penas se distinguía un punto más claro que el fondo oscuro del mar y la tormenta. Debla estar a poco menos de dos millas de tierra firme, pero parecía alejarse hacia

el Este. Desvió la mirada hacia donde estaba, ausente y oscuro, su faro.

De repente Guy sintió un impulso poderoso, un torrente de energía misterioso y desconocido. Se armó de valor, sintió toda la fuerza de la resolución, del coraje, recorriendo todo su cuerpo. Se miró las manos, abiertas con las palmas extendidas hacia arriba: serenas, duras, sin dudas. Entonces habló con firmeza y decisión.

-Escucha, Emma, voy a encender el faro. Vuelve a casa, cámbiate de ropas y caliéntate junto al fuego. Estás empapada y vas a enfermar. Lars y los demás verán la luz y regresarán sanos.

Emma escuchaba atónita, como los cinco o seis hombres que estaban cerca de la escena, la nueva voz, la seguridad y decisión de Guy, hasta entonces desconocidas.

Guy se situó frente al párroco y le sostuvo la mirada. El padre Adam se admiró.

-Gracias, Guy. Nadie te lo ha pedido. Todos te lo agradecemos.

En cuestión de unos pocos minutos el faro ardía como en sus mejores días. En los vaivenes de su indecisión Guy había preparado fardos de leña seca, yesca y ramas en el almacén, listos para ser quemados, para ayudar a los navegantes errantes.

El barco que primero había aparecido era el de los hermanos Smith. Todo el mundo supo después, de boca de los propios marinos, que corrigieron en el último momento la ruta, cuando divisaron el faro. Se estaban dirigiendo hacia Pembokshire, navegando paralelos a la costa. También todos los habitantes de Sheringham supieron más tarde que el barco del Tuerto, donde viajaba Lars, pudo arribar al embarcadero de Sheringham sin grandes problemas, excepto, claro está, los propios de una navegación con un mar embravecido, gracias a la luz del faro.

Aquella historia fue recordada, fue contada por padres a hijos

durante generaciones, sin ser apenas deformada. Pero cuando algún niño, algo más curioso, quizás más despierto que los demás, preguntaba: «¿Qué pasó después?, ¿qué le hizo el rey al farero?", entonces los padres tenían que encubrir una historia que fue, durante mucho tiempo, la vergüenza de una remota aldea de hombres forzados a ser pescadores.

IV. Otra vez en una oscura mazmorra

Otra vez en una oscura mazmorra, solo y abandonado. Otra vez esas sogas lacerando sus tobillos. Otra vez las ratas y el olor a putrefacción y muerte rondándole. Aquel mundo sórdido y abominable que ya creía olvidado le había atrapado de nuevo, con su poderoso imán.

Guy despertó tiritando. Se levantó con muchas dificultades y logró sentarse en una piedra que palpó torpemente, en medio de aquel mundo lúgubre. Todo el suelo, donde ahora pisaba, donde había pasado las últimas horas, o tal vez días, todo era un lodo húmedo de unos cinco dedos de altura. Guy notaba el dolor del látigo levantando la piel de la espalda, tratando de sacar secretos imposibles. Allí estaba el Duque, luciendo su cara de sádico refinado. Disfrutaba tratando de desenmascarar espías al servicio de potencias extranjeras para poder ganarse la confianza y el apoyo del rey, mientras el verdugo cumplía implacablemente su trabajo.

Guy recordó una sotana y un crucifijo. Se trataba del cura de la extremaunción, por si algo fallaba durante el interrogatorio. Así al menos lo había anunciado el secretario del Duque, sonriendo sarcásticamente. Cuando intentó apartar todos aquellos pensamientos de su mente escuchó caer una gota sobre el fango. Era un sonido amortiguado, que ya existía en el interior de su cabeza, que ya recordaba antes de reparar en él. Luego otra. Y otra más. Así estuvo un rato, absorto en aquel sonido intermitente, hasta que llegó un momento en que se le hizo insoportable. Entonces su cabeza se remontó atrás en el tiempo. Una rata le acarició con su lomo peludo

los pies mientras deambulaba buscando algo de comer. Guy la apartó de un golpe, haciéndola saltar contra la pared. Recordó a los soldados. Lo prendieron en la taberna. Allí llegaron después de buscarlo en el faro y en su almacén. Ellos mismo se lo dijeron mientras lo ataban y se lo llevaban como a un criminal. Eran unos diez o doce. Uno de ellos dijo que el rey lo acusaba de alta traición. Y entonces... Tuvo que hacer un esfuerzo para poder continuar recordando, pero no lo logró. Luego aparecieron el látigo y el Duque, o al menos así recordaba la secuencia.

Oyó voces lejanas, fuera de la celda, que le sacaron de sus evocaciones. No entendía bien lo que decían. Luego un portazo y el tintineo de unas llaves, el sonido de una cerradura. De nuevo el silencio. Intentó recordar, retrocediendo en el tiempo. Veía su faro, el mar, la costa abrupta. Algunos días llovía, otros la niebla era especialmente espesa, pero nada más. No lograba acordarse de nada. Sin embargo, la imagen de Lars aparecía circulando imprecisa, detrás de sus ojos cegados en aquel cubículo oscuro. Lars, las pintas...

Y así empezó a recordar el faro, la prohibición que trajeron los soldados del rey, tal vez los mismos que vinieron a prenderlo. Entonces comprendió que él era el farero traidor, y Lars reaparecía. Lo golpeaban.

¡Eso es lo que había ocurrido! Lars había tratado de defenderlo, de oponerse a su detención y le habían golpeado por ello. ¡Lars era su amigo! Ese recuerdo era muy importante para Guy en aquel momento. Se sintió apreciado por alguien, importante para alguien. Repitió, ya en voz alta, con lágrimas silenciosas en sus ojos:

-Lars me defendió... ¡Lars es mi amigo!

Un llanto de emoción le impidió seguir recordando. A esas alturas poco le importaba. Lars se había ganado unos golpes por haber salido en su defensa. Había merecido la pena. Empezó a sentir un extraño bienestar interior que le hacía olvidar su condición de reo de la justicia, incluso le permitía remontar el dolor físico que atenazaba

todo su cuerpo tras el salvaje interrogatorio. La amistad de Lars, el recuerdo de algo que posiblemente le valdría la muerte pero que a la vez daba sentido a todo, lo pasado y lo presente, empezaba a dibujar una sonrisa en su boca, cada vez más relajada.

Emma cruzaba silenciosa la habitación para retirar las compresas húmedas de los ojos de Lars. Éste yacía tumbado sobre la cama y gruñía malhumorado por el dolor que le causaba que le cambiasen los vendajes, pero agradecía sus cuidados.

Jonathan entró en la habitación y se plantó al lado de su padre. Lo observó silencioso mientras su madre lo cuidaba. Lars no se dio cuenta de su presencia hasta que el pequeño habló:

-Van a colgar al farero. En Exeter.

Lars se incorporó contrayendo los músculos de la cara en una expresiva mueca de dolor, liberando un ahogado quejido. Las compresas que protegían sus ojos cayeron al suelo. Lars se sentó en la cama mirando fijamente a su hijo.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Nadie. Lo he oído a los mayores -dijo Jonathan mientras se encogía de hombros-. Papá, dice Willy que cuando cuelgan a alguien se muere con la lengua fuera, se pone morado y...

-¡Basta ya! ¡Silencio!

Emma cogió al pequeño de la mano y le hizo salir de la habitación. Cuando regresó, Lars trataba de vestirse, lanzando maldiciones cada vez que un movimiento le removía las heridas. Emma, que jamás discutía con su marido ni le contrariaba cuando éste había tomado una decisión, le ayudó a ponerse la ropa. «

-Voy a ver a esos estúpidos vecinos que tenemos. No te preocupes por mí. Volveré enseguida.

La besó con rapidez en la mejilla y abandonó la casa cojeando ligeramente. Fuera sintió el frío de la mañana como un soplo helado y cortante en el rostro todavía febril. El sol lucía con fuerza en un cielo

inusualmente azul. Mientras caminaba arrastrando el pie izquierdo, recordaba la escena de la detención de Guy. Recordaba cómo todos los hombres se alejaron cuando él intentó defender a Guy, cómo tres soldados del rey le golpeaban mientras los demás ataban las manos de Guy con una cuerda y se lo llevaban a empujones. Lars estaba furioso con todo aquel pueblo cobarde que no había querido hacer nada por el farero, por el hombre que había arriesgado su vida por ellos.

En la taberna se hizo el silencio cuando Lars entró. Allí estaban casi todos los hombres, comentando la noticia que un emisario del Duque acababa de traer. Lars recorrió con los ojos las mesas, cargadas de jarras de cerveza y de naipes boca abajo. Nadie le sostuvo la mirada. Nadie dijo nada. Lars estaba irritado.

- ¡Cobardes! -gritó con rabia, y lo repitió dos y hasta tres veces. Nadie habló, seguían callados, desviando la mirada ante aquellos ojos amoratados, hinchados, inyectados en cólera.

- Luego es cierto. ¡Guy, el farero va a ser colgado por habernos ayudado! A todos. Sí, a todos, a mí también. Si no hubiese encendido el faro es muy posible que hubiésemos enfilado hacia las rocas. Aquí no somos buenos navegantes, no lo olvidéis. Sólo sois ganaderos metidos a pescadores. Con la tormenta no hubiésemos podido rectificar el rumbo - Lars hablaba en un tono claramente recriminador, recorriendo la taberna, dirigiéndose a uno y a otro-. Si no lo hubiese encendido, ahora estaría en su cabaña, tranquilamente. Si lo encendió fue por ayudarnos. Él era el único que no dependía de la pesca para vivir. Y vosotros... ¡Malditos cobardes! Vosotros no movisteis ni un dedo.

La atmósfera en la taberna era asfixiante. Los hombres estaban incómodos, acorralados. En medio de aquel silencio pesado, la voz normalmente autoritaria de William se atrevió, de una manera tímida,

-Nadie le obligó, lo hizo...

Inmediatamente Lars concentró su furia, dirigiéndola contra el gigante de William. Caminó hacia la mesa de éste.

-¿Qué dices? ¿Que nadie le obligó? ¿Y por eso mirabas a otro lado cuando vinieron a por él? Y tú -dijo dirigiéndose al mayor de los hermanos Smith, que estaba sentado al lado de William-, ¿qué dices? ¿También crees que como nadie le obligó, no teníais por qué defenderlo? - Lars golpeó violentamente con el puño contra la mesa. Muchos se sobresaltaron. El golpe se propagó por la taberna, retumbando en el interior de cada cabeza, como un mazazo seco-. ¡Cobardes! Nos ha salvado y... ¡Hijos de...!

Se quedó mirándolos con una furia que iba degenerando en oleadas de odio. Un odio que se estrellaba contra las paredes mohosas y sucias de la taberna, rebotando crecido. Un odio que no se disimulaba de ninguna manera, un odio que llegaba a cada uno de los presentes con más fuerza que el silencio tenso reinante en el tugurio. En aquel silencio, el eco de la voz de Lars golpeaba con fuerza las conciencias menos desarrolladas.

-¡Canallas!

Lars cerró con fuerza la puerta de la taberna, dejando tras de sí un reguero de remordimientos, de dudas, de silencio cobarde y cómplice. En la taberna nadie se atrevió a hablar, a pesar de que todos estaban deseando que la tensión se desvaneciese cuanto antes para respirar. Se oyó el crujir de bancos de madera, algún que otro suspiro, jarras que aterrizaban vacías en las mesas. Pero nada más. William trató de devolver las aguas a su cauce, a lo que él creía eran su cauce.

-Vamos, vamos. Lars está nervioso. El farero era... es su amigo y lo van a ahorcar. No se lo tengamos en cuenta. Es buena persona.

Se le pasará. Olvidémoslo. Yo pago la siguiente ronda. Lars entró en la iglesia con determinación, sin el respeto que el padre Adam exigía a los feligreses. Caminó por el pasillo central en dirección al altar, dejando atrás las filas de bancos de los hombres que

en ese momento estaban en la taberna. Buscaba al padre Adam y no tardó en encontrarlo. Estaba sentado detrás del altar. Lars se quedó mirándolo fijamente. El párroco lo observaba sin manifestar sorpresa. Se dirigió a él con una estúpida sonrisa.

- Hacía mucho tiempo que no te veíamos por aquí. Es una sorpresa.

-No me venga con sermones, padre -interrumpió secamente Lars.

-Tranquilízate, hijo mío. Los caminos del Señor...

- Escuche, padre. No vengo aquí con miedos, ni con dudas, como todos esos estúpidos. Eso me lo guardo.

-Pero por fin vienes. Todos los hombres, hasta los más incrédulos y apartados, los más salvajes, tienen necesidad de acercarse a Dios - Lars lo miraba con indiferencia mientras hablaba con un gesto de victoria escondido detrás de una sonrisa indulgente-. No creas que me son ajenas las razones que te impulsan a inclinarte ante esta Santa...

-¿Inclinarme? Está usted loco.

- Debieras moderar tus modales. Pero Dios es inmensamente misericordioso y sabrá perdonarte.

- Escuche, padre, todos los hombres del pueblo son unos cobardes. Y lo peor del caso es que usted aprueba su conducta. Porque usted también odia al pobre farero. Pero me da igual. Tenemos que hacer algo por él.

-Rezaremos, hijo, rezaremos -el padre recuperó la esperanza sobre el objetivo último de la visita de Lars.- Esta misma tarde empezaremos. y después de la ejecución oficiaremos un...

-¡Basta ya! No me refiero a ese tipo de ayudas -Lars sentía que perdía la paciencia por momentos-. Tenemos que ir a Exeter, para hablar con el Duque. -El padre Adam no se esforzó en mostrar la desilusión que afloraba a su envejecido rostro cuando supo del interés real de Lars-. Imploraremos su perdón. Tal vez logremos convencerlo

para lograr un indulto.

-Escucha, Lars -la voz del párroco era distante y fría, pero por primera vez sonaba sincera-. Yo sólo soy un pastor de la iglesia. Yo no puedo ir pidiendo al Duque, un hombre muy poderoso, por cierto, que perdone a un ladronzuelo, eso es, que perdone a un ladronzuelo que ha traicionado al rey.

-¡Eso es mentira! -protestó Lars tratando de contener las ganas de golpear al párroco-. Además, ¡él no es un ladronzuelo! Lo fue y ya pagó por ello. Y en cuanto a lo de traicionar al rey...

-Lars -interrumpió con gesto cansado el párroco-, te lo voy a decir con otras palabras. O con Guy o con el pueblo. Yo no puedo enfrentarme a todo el pueblo. Míralo de otra forma. Es preferible que muera Guy, a que los soldados del rey arrasen el pueblo. ¿No te parece? Sé razonable.

Lars comprendió enseguida la mente sucia e interesada del padre. Sintió asco ante tanta inmundicia rodeándole. Sintió náuseas sólo de ver la cara arrugada y colorada del padre Adam justificando aquella conducta. Entonces, toda la furia que lo había mantenido derrochando energías, insensible a su cuerpo magullado, dejó un resquicio de debilidad. Sintió que el mundo giraba bajo sus pies. Sus ojos comenzaron a ver la iglesia en blanco y cayó al suelo después de perder la consciencia.

La noche comenzaba a extender sus sombras por el pueblo, en el que la noticia de la próxima ejecución del farero corría de boca en boca, como espuma de mar guiada a través de estrechos acantilados. Todos los hombres estaban incómodos, más que afectados, con la nueva, y todos esperaban que el tiempo hiciese olvidar tan desgraciado suceso.

Todos menos Lars, quien surgió de un profundo estado de inconsciencia, delirando en medio de fuertes calores y dolores. Emma le cuidaba las heridas, refrescaba su rostro calenturiento. Cuando Lars

por fin pudo hablar, pidió agua para calmar la sed y aliviar la sequedad de la boca. Emma le acercó un vaso a los labios y le ayudó a incorporarse. Lars comprendió lo débil que se había quedado, pero también sabía que algo horrible gravitaba por debajo de aquella noche, algo que las ventanas cerradas de su casa no lograban ocultar. Sabía que no podía permitirse el lujo de perder el tiempo. Él sí podía, pero Guy no. La cuestión era que estaba decidido a hacer cualquier cosa por su amigo, pero para ello tendría que sobreponerse a su sufrimiento, remontándolo para poder actuar. Nadie le iba a ayudar en aquello que se había propuesto y que consideraba necesario. Apuró el agua que refrescaba sus labios resecos. Se apoyó contra la pared y dijo:

- Emma, tengo que ir a salvar a Guy - Emma bajó la mirada triste hacia los pies de la cama, mientras el silencio daba un brillo imposible ya la vez real a las palabras de Lars-. Tengo que intentarlo. Prepárame algo de comer y ropa ligera. Ah, y una botella de ginebra.

Emma sabía que se iría. Le preparó lo que había pedido y, mientras Lars se vestía, tambaleándose de debilidad, Emma se acercó y le dijo:

-Guy es una buena persona, y además es tu amigo. Tienes que ayudarlo.

Lars se quedó inmóvil, asombrado de que su mujer tomase partido por su aparente locura. Le animaba a salvar a Guy, a iniciar un larguísimo viaje de casi cien millas con el cuerpo todavía maltrecho, en medio de la noche, a enfrentarse con carceleros y funcionarios, a defender a un condenado de las terribles garras de la justicia del rey. y le animaba, porque consideraba que Guy era una buena persona. Lars sonrió tristemente, tomó sus cosas y se dispuso a partir. Desde la puerta se despidió de Emma.

- Espero lograr que lo indulten. Pero ni siquiera sé si llegaré a tiempo. Ya sabes que está condenado desde antes del juicio. Tal vez ya lo hayan Juzgado. En ese caso no hay tiempo que perder - Lars miró

hacia la calle, solitaria a esas horas de la noche-. Guy es una gran persona. Adiós.

Lars caminó en dirección a la casa del párroco. Calculó que éste estaría en aquel momento tomando pintas en la taberna. Entró por la puerta de atrás, por los establos, sin hacer mucho ruido. Encendió un candil que había allí, ensilló el caballo del padre Adam, que ya conocía de otras ocasiones, y lo tomó del freno, conduciéndolo hasta la puerta. Salió fuera, cerró con cuidado la puerta del establo y subió a lomos del caballo, sin que éste se mostrara rebelde o nervioso. Miró el pueblo, oscuro y silencioso. «Todos están bebiendo en la taberna. Mañana vendrá el miserable de Bob a comprarles su pesca y se la llevará en su carro. Así ellos podrán seguir viviendo...» Al hilo de tan amargos pensamientos espoleó su montura, que avanzó ágil y rápida, perdiéndose en el bosque, dejando el mar tras de sí.

Lars cabalgó durante toda la noche. Hizo algunas breves pausas para descansar y recuperarse, tanto del cansancio del camino, como del dolor de las heridas. Comía en medio de la oscuridad del bosque lo que Emma le había preparado, con el corazón acongojado por los sonidos desconocidos que parecían acecharle. Siempre con la mano cerca del puñal, Lars mantenía alejado el sueño con un estado de permanente alerta.

Pero no ocurrió nada. Todavía no había salido el sol, cuando Lars divisó las primeras casas de Exeter. Enseguida vio la torre de la catedral y el castillo. Las calles estaban desiertas. Los cascos sonaban por el empedrado y retumbaban en los extramuros de la ciudad. Llegó a la puerta de la muralla. Estaba cerrada. Descabalgó y llamó varias veces a la puerta. Al cabo de algunos minutos, una voz desde lo alto de la torre próxima al portalón, se dirigió a él.

-¿Qué quieres a esta horas?

-Entrar.

-Tendrás que esperar a que venga el oficial de la puerta. Sólo

él tiene las llaves.

Lars tenía prisa, pero sabía que contra eso nada podía hacer. El soldado no iba a abandonar su guardia para buscar al oficial, despertarlo y hacerlo llegar. Decidió esperar y descansar así un rato.

-¿Cuándo abrirá la puerta?

El soldado miró hacia el cielo e hizo un gesto de duda que Lars apenas pudo distinguir por la distancia y la oscuridad.

-No debe faltar mucho.

Lars ató el caballo a una argolla que sobresalía de uno de los contrafuertes de la muralla, y se tumbó en el suelo.

No había transcurrido mucho tiempo cuando, en el sueño ligero que apenas alcanzaba a relajarle, escuchó unos ruidos que le sobresaltaron. Se incorporó. Notó el cuerpo débil, las heridas palpitaban por debajo de la sangre reseca, recordándole a los soldados frente a los cuales se encontraba en ese momento. Se puso de pie y vio como la enorme puerta de madera con refuerzos metálicos toscamente remachados)a estaba abierta. Un carro cargado de cestas de fruta entraba lentamente en la ciudadela.

Logró franquear el control de entrada sin grandes problemas. Evitó preguntar a los soldados que hacían guardia por Guy, o por la prisión, para ahorrarse contratiempos. Cuando ya se encontraba dentro del recinto amurallado de la ciudad y se dirigía hacia un vendedor de amuletos, que comenzaba a desplegar sus cachivaches de hueso, piedra o cuero, escuchó unas trompetas. Preguntó al vendedor, un hombre pálido y con una espesa y rizada barba canosa, por el significado de aquellas notas.

-Ejecucion. Hoy cuelgan a dos ladrones.

Lars llegó a la puerta del castillo. Preguntó a un oficial gordo y con cara de estar todavía algo dormido. Le confirmó que Guy había sido juzgado por un tribunal del propio castillo, en representación de la justicia real, y condenado la noche anterior, y que sería ejecutado

esa misma mañana.

Sintió que le temblaban las piernas y le fallaban las fuerzas. Se sobrepuso a su debilidad y solicitó permiso para ver al prisionero. El oficial le interrogó sobre su procedencia y su vinculación con el prisionero, a lo que Lars contestó afirmando que era un primo suyo. El oficial no se interesó más y contestó de mala gana, mientras se desperezaba toscamente, incómodo por la contrariedad que suponía aquel visitante.

- De acuerdo, pero sólo tienes diez minutos -y dando la vuelta a un reloj de arena que había sobre la mesa del puesto de guardia, tomó un manojo de llaves que colgaba de un gancho de la pared.

-Sígueme.

El oficial bajó hacia los calabozos del castillo. Abrió, una tras otra, hasta tres puertas de gruesas barras de hierro, que se hundían cada vez más profundo respecto del nivel del suelo del patio de la fortaleza. Lars tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer al suelo.

-Esto está muy oscuro y muy sucio. Ten cuidado.

Por fin llegaron ante una puerta de madera. Apenas había luz para iluminar la cerradura. Tan sólo había algunas antorchas diseminadas por la pared, muchas de ellas apagadas. Lars pensó que aquel hombre podría haber bajado un candil, mientras se esforzaba por atinar con la llave. Finalmente la puerta se abrió.

-¿Quieres quedarte encerrado con él, ahí dentro? Es un tipo peligroso.

-Sí, puede dejarnos solos. No tenga miedo - Lars comprendió enseguida cómo se juzgaba en aquellas tierras.

- Bueno, pero recuerda que en diez minutos les sacaremos a los dos.

Lars no veía nada. Todo estaba negro cuando la puerta se cerró tras él. Una desagradable pestilencia le obligaba a ponerse los dedos

delante de la nariz. Entonces oyó como un quejido, apagado y mortecino, pero remotamente humano. Poco a poco se fue transformando en una voz apenas perceptible.

-¿Lars?

-Guy, ¿estás ahí?

-Lars. Has venido. ¡Qué alegría!

-Guy, ¿es cierto que ya te han juzgado?

-Sí, Lars. Me van a colgar.

-Voy a hablar con el jefe de guardia. Hablaré con el alguacil. Recurriremos la condena. Lograremos que aplacen..

- No te preocupes, Lars. Me van a colgar. Es inevitable.

-Pero, Guy, vamos a intentarlo, todavía podemos... ..

- Lars, todo ha merecido la pena. Todo tiene sentido.

- Pero, ¿qué dices, Guy? ¿Cómo puedes hablar así?

-Sí, Lars, por una vez en mi vida he hecho algo de lo que me siento orgulloso. Y además... -una tos cavernosa interrumpió sus palabras. Un silencio en el cual una gota se oyó chocar contra algún charco del suelo de la mazmorra. Lars se movía, tanteando la pared en la oscuridad, intentando acercarse a Guy-. Además te he conocido. Tú has sido mi amigo, ¿verdad?

-Claro, Guy -la voz de Lars tembló y se cortó.

- Tú me has enseñado muchas cosas. Pero sobre todo has sido mi amigo.

- Y tú me has salvado la vida.

- Por eso todo ha tenido sentido. Mi vida, mi infancia entre la peste y el trabajo en el campo. Mi primera visita a una mazmorra. Luego el faro. Todo en mi vida iba dirigido a algo. Morir ahora no me pesa. Antes, hubiera sido absurdo. Ahora, es una liberación, pero en el momento adecuado. Lo siento, yo no me sé explicar tan bien como tú.

-Guy, esos malditos cobardes... -Lars fue incapaz de terminar la frase. Sintió que sólo le quedaba despedirse de Guy. Pero éste se

adelantó.

-Déjalo, Lars. Gracias por llevarme aquel día a Pembokshire. Yo nunca había visto un barco tan grande. Gracias por estar siempre a mi lado en el pueblo, por contarme tantas cosas interesantes –hizo una pausa para toser y prosiguió-. Por cierto, ¿cómo se llamaba aquel hereje alemán?

-Lutero. Pero ala mejor no es un hereje. Tal vez sólo entiende las Escrituras de otra manera, y no por ello se le debe excluir –Lars sentía que le faltaban las fuerzas y el ánimo para hablar sobre Lutero en aquel momento.

Entonces sonó el cerrojo de la puerta y ésta se abrió, dejando entrar una tenue luz que permitió a Lars localizar a Guy en la celda. Estaba sentado sobre una piedra y, aunque apenas se distinguían sus facciones con nitidez, se apreciaba que estaba magullado. Le acercó una mano y Guy le dio la suya, reteniéndola un instante. El oficial cogió a Lars del brazo y Guy soltó la mano de Lars. Éste se detuvo un instante en el umbral de la puerta.

-Adiós, Lars. Gracias por todo. La muerte me liberará de estas manos torpes, ¿verdad? -y volviendo las palmas de sus manos hacia su cara, se las mostró a Lars, como quien muestra el secreto más íntimo de su corazón.

Guy se acomodó en un extremo del patio de armas. Allí habían dispuesto el cadalso para la doble ejecución. Cuando él llegó, ya habían comenzado a llegar hombres y niños, algún grupo de mujeres que murmuraban por lo bajo.

Lars había tratado de negociar, primero con el oficial de la prisión, luego con el alguacil un aplazamiento de la ejecución, pero éste último se había negado en redondo. Sólo quedaba solicitar clemencia al Duque, y éste se hallaba de cacería, Dios sabía dónde. Lars, desesperado, recurrió al soborno, pero cuando el alguacil puso precio, se dio cuenta de que no podía ofrecerle más que un par de

monedas que llevaba consigo. Aquello irritó al alguacil, que le mandó expulsar de su oficina, iracundo por la afrenta.

Llegó el carro tirado por una yunta de bueyes color canela, uncidos con un carcomido yugo. Los dos prisioneros iban atados a dos postes, que oscilaban a cada tirón en el paso de las bestias. El carro avanzaba despacio, abriéndose paso entre curiosos y otras gentes. Recordaba Lars la última escena en las mazmorras, en la sala de guardia, y fue consciente de que el alguacil podía haberlo hecho encerrar, de no haber sido porque estaba ocupado con una rolliza muchacha que le llamaba desde la puerta. La plaza seguía llenándose de gente, mientras el verdugo conducía a los condenados hacia la tarima de madera donde serían ejecutados. Dos sogas colgaban amenazadoras de un tosco tronco de madera, apoyado a su vez en dos recios travesaños. Debajo de cada sogu había un taburete tan alto como un chiquillo.

Al lado del verdugo apareció el oficial que había conducido a Lars a la celda de Guy. Junto a él se encontraba el alguacil, que tenía una sonrisa de satisfacción un tanto ridícula en aquella escena. Este último leyó el veredicto del juez con la doble acusación. Al otro condenado, un salteador de caminos, le acusaban de haber violado y matado a una muchacha, hija del herrero de una aldea cercana. La gente apoyaba con gritos de júbilo la sentencia, mientras el acusado miraba hacia el suelo. A Guy lo acusaban de traición a la corona al servicio de potencias extranjeras. La muchedumbre enmudeció ante una acusación tan poco frecuente y tan difícil de imaginar. Entonces el oficial, consciente de que la gente necesitaba ayuda para odia a aquel hombre, añadió de su propia cosecha:

- Es un ladrón, un hombre peligroso y violento.

Guy no se inmutó. Miraba hacia lo alto del campanario de la iglesia, mientras la muchedumbre vitoreaba la sentencia del hombrecillo, pero sin mucho entusiasmo. Lars sentía que la cabeza se le llenaba de sangre, hasta el punto de estallar.

-¡Un momento! -gritó Lars, haciendo un auténtico esfuerzo, muy al límite del desvanecimiento. La gente se volvió hacia él, y el silencio le forzó a seguir hablando-. Soy un pescador de Sheringham. Guy, al que acusáis de traición, no cometió nunca tal delito. Es cierto que desobedeció una orden, pero si encendió el faro, fue para que nosotros pudiésemos regresar a nuestro pueblo sin problemas. No lo hizo para traicionar a nadie.

-Demasiado tarde -gritó el oficial-. Este hombre ha sido juzgado y condenado por un tribunal que representa al Duque y administra su justicia en estas tierras. El propio Duque participó en el interrogatorio del acusado. La acusación, en última instancia proviene del rey, a quien se ha desobedecido y mostrado deslealtad.

-¡Escuchadme! -gritó de nuevo Lars, dirigiéndose en este caso a la masa expectante allí concentrada-. No se debe ejecutar a este hombre. Él es el que ha sido traicionado por...

-¡Silencio! ¡Soldados, prendedle!

Tres soldados de la compañía que estaba vigilando la ejecución se abrieron paso a empujones a través de la plaza y agarraron fuertemente a Lars. Éste no ofreció resistencia y sólo pidió que le dejaran presenciar la ejecución. Los soldados consultaron entre sí y, viendo el estado de debilidad física que Lars no podía ocultar, accedieron.

El malhechor fue el primero en ser colgado. Se revolvió cuando el verdugo le colocaba la soga en torno al cuello, suplicando clemencia. Lloró, primero con rabia y luego con miedo, y después, cuando ya le habían ajustado el nudo) el verdugo se disponía a retirar la banqueta, maldijo al Duque, al rey y a todos los allí presentes, escupiendo con ira insultos y blasfemias que cesaron cuando su garganta soportó todo el peso del cuerpo. La multitud gritaba y gritaba llena de júbilo ante las convulsiones agónicas de aquel hombre que no había querido someterse a la justicia, que no había querido morir. Hasta que su cuerpo se fue relajando, oscilando armónicamente

sobre el patíbulo- A Lars le había horrorizado aquella ejecución y se preguntaba qué absurdo placer encontraría la gente en presenciarse.

Ahora le llegaba el turno a Guy. Lars se revolvió. Gritó: "¡No!", pero los soldados lo retuvieron fuertemente. Uno de ellos le propinó un puñetazo en la barbilla que le hizo doblarse de dolor. Por el contrario, Guy no se resistió en ningún momento a la ejecución de su sentencia. Cuando ya estaba con la soga anudada en torno al cuello y sobre el taburete, gritó con claridad y sin vacilación alguna en su voz, mirando al fondo de la plaza, donde se encontraba Lars.

-Adiós, Lars. Gracias por todo.

Lars estalló en un llanto silencioso mientras el verdugo retiraba de una patada la banqueta donde Guy había dejado sus últimos instantes de vida.

La multitud permaneció silenciosa. No estaban acostumbrados a esa resignación, a esa calma en los momentos previos a la muerte. Se comenzaron a dispersar un tanto decepcionados. Lars, entre tanto, lloraba con rabia y tristeza, fuertemente asido por los soldados. Cuando lo llevaban camino del castillo, casi arrastrando, abatido y sin fuerzas, se desplomó.

A la caída del sol Emma estaba recogiendo ramas secas junto al pequeño Jonathan, para encender el fuego. Secretamente esperaba a cada momento que apareciese Lars, montando el caballo del párroco, quien no se había atrevido a reconocer el hurto, diciendo que se lo había prestado a Lars para que tratase de interceder ante el Duque a favor de Guy. Así el padre Adam se dedicó a difundir la noticia de que él había convencido a Lars para que hiciese algo en el caso. Incluso se atrevió a decir, desde el púlpito de su iglesia, en la misa del domingo, que le había entregado, una carta firmada por él mismo para que el Duque la considerase. Mas, habla dicho con un gesto de resignación, no podemos hacer. Según él, el destino de Guy estaba en manos de Dios, y por lo tanto sólo quedaba rezar y esperar.

Emma escuchó los cascos de un caballo que avanzaba al paso, por lila vereda que conducía al pueblo. Los escuchó cuando apenas eran perceptibles. Inmediatamente dejó las ramas que llevaba en la mano en el suelo, y caminó al encuentro de Lars. Porque Emma no tuvo ninguna duda de que fuera él.

Habían pasado cinco días desde la noche en que Lars había abandonado el pueblo, como un fugitivo, con la esperanza de salvar a su amigo de una condena injusta. Pero había fracasado. Eso fue lo primero que Emma pudo leer en el rostro de Lars, en su mirada ausente, en su desganada forma de llevar la montura. Lars vio a Emma y se detuvo. Bajó del caballo y se sentó junto a un árbol. No dijo nada. Cerró los ojos y suspiró profundamente. Ella tomó la cantimplora de las alforjas del caballo, pero estaba vacía. Le besó en los labios con dulzura. Entonces, Lars abrió lentamente los ojos. Emma pudo leer en ellos la inmensa desolación, la tristeza que inundaba el alma del hombre amado. Lars intentó decir algo, pero Emma le interrumpió suavemente.

-No digas nada, Lars. No te esfuerces. Ya has hecho bastante.

-Murió tranquilo. Estaba orgulloso de lo que había hecho - hizo una pausa para respirar y para aclararse la voz-. Era un buen hombre.

Entonces Emma le contó cómo Guy había tomado la decisión de encender el faro. Lars la escuchó atentamente. Cuando hubo acabado de hablar, Lars, con la mirada perdida en el suelo, ignorando a su propio hijo que se había acercado entretanto a ver a su padre, sin atreverse a interrumpir, volvió a repetir:

- Era un buen hombre.

Lars se recuperó de sus heridas y de las fatigas del viaje gracias unos cuantos días de reposo, y a la paciente y esmerada labor de Emma.

El primer día que salió, aún convaleciente, de su casa, comenzó

a caminar apoyado en un bastón. Lo hacía lentamente, con inseguridad. Sentía el aire frío y la suave brisa del mar hacia la costa sobre su cuerpo todavía débil. Emma lo observaba desde la puerta de la casa mientras se alejaba calle arriba. Ella sabía dónde se dirigía. Sabía que tenía que dejarle ir solo. Entró de nuevo en la casa y cerró la puerta con suavidad, reteniendo al pequeño Jonathan, que se disponía a seguir a su padre.

Guiado por una poderosa fuerza interior que asumió sin dudar, Lars tomó el sendero que llevaba al pequeño cobertizo donde Guy almacenaba la leña y donde solía dormir. La puerta del cobertizo estaba entornada. Empujó con suavidad y la puerta cedió sin resistencia. Entró lentamente, con respeto. Todavía estaba en el suelo la manta descolorida y sucia con la que Guy se protegía del frío las noches que dormía allí. Lars la recogió del suelo, la dobló cuidadosamente y la depositó sobre un montón de leña. Luego salió fuera. El sol brillaba con fuerza, pero la brisa se había ido transformando en un viento desagradable que arrastraba polvillo de tierra y briznas de paja contra los ojos de Lars. Caminó en dirección al faro, con pasos cortos y lentos. Con grandes esfuerzos, logró trepar por la escalera hasta la plataforma desde la cual se había enfrentado Guy muchas noches a la brutalidad del silencio y a su propia soledad. En ese momento, mirando al horizonte, cincelado con unas nubes anaranjadas y unos rayos que ya comenzaban a dorarse, Lars entendió mejor que nunca el final de Guy, el farero de Sheringham y su amigo. Guy había vencido.

ÍNDICE

I. La noche llegó casi sin avisar.....	7
II. Guy despertó acurrucado	21
III. Por fín una noche estrellada.....	33
IV. Otra vez en una oscura mazmorra	49

Este libro se terminó de imprimir
el día 21 de Enero de 1999,
festividad de San Fructuoso,
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO